

DIÓCESIS DE ZAMORA

**FORMACIÓN PERMANENTE
DEL CLERO**

**CONVERSIÓN PASTORAL Y
MISIONERA EN LA VIDA DE LA
DIÓCESIS**

**MATERIALES PARA
LA ORACIÓN Y LA FORMACIÓN**

Curso Pastoral 2014-2015

SUMARIO

CONVERSIÓN PASTORAL Y MISIONERA EN LA VIDA DE LA DIÓCESIS

MATERIALES PARA LA FORMACIÓN Y LA ORACIÓN:

septiembre:

- *El nuevo catecismo “Testigos del Señor”*.
D. Juan-Luis Martín Barrios

octubre:

- *Espiritualidad Misionera (EG 78-80)*.
D. Manuel San Miguel Salvador
HORA INTERMEDIA 5
TEMA 11

noviembre:

- *Vivir desde la esperanza (EG 84-86)*.
D. César Salvador Gallego
HORA INTERMEDIA 22
TEMA 30

diciembre:

- *Nuevas relaciones con Cristo (EG 87-92)*.
D. Emilio-José Justo Domínguez
HORA INTERMEDIA 46
TEMA 55

Imprime: Ediciones Monte Casino (Benedictinas)
Ctra. Fuentesauco, Km. 2
Teléf.: 980 53 16 07 • Fax 980 53 44
C-e: edmontecasino@gmail.com
49080 Zamora, 2014

enero:

- *Jornadas diocesanas*
HORA INTERMEDIA 62

febrero:

- *Hacia una nueva vitalidad (EG 81-83).*
D. Manuel Andrés Ferrero, SDB
HORA INTERMEDIA 69
TEMA 77

marzo:

- *Superar la mundanidad (EG 93-97).*
D. Agustín Montalvo Fernández
HORA INTERMEDIA 86
TEMA 94

abril:

- *Amor fraterno (EG 98-101).*
D. Jesús Campos Santiago
HORA INTERMEDIA 109
TEMA 116

mayo:

- *Jornada sacerdotal.*
HORA INTERMEDIA 130

OCTUBRE
ESPIRITUALIDAD MISIONERA

HORA INTERMEDIA

V. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era.
Aleluya.

Himno: Como el Padre me amó

COMO EL PADRE ME AMO, YO OS HE AMADO;
PERMANECED EN MI AMOR,
PERMANECED EN MI AMOR.

1. Si guardáis mis palabras y como hermanos os amáis, compartiréis con alegría, el don de la fraternidad. Si os ponéis en camino sirviendo siempre la verdad, fruto daréis en abundancia, mi amor se manifestará.

Salmodia

Ant. 1. De la salida del sol hasta su ocaso, alabado sea el nombre del Señor.

Salmo 112

Alabad, siervos del Señor,
Alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre:
de la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.

El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.
¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra?

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo;
a la estéril le da un puesto en la casa,
como madre feliz de hijos.

Ant. De la salida del sol hasta su ocaso, alabado sea el nombre del Señor.

Ant. 2. En verdes praderas me hace recostar el Señor.

Salmo 22

El Señor es mi Pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Ant. En verdes praderas me hace recostar el Señor.

Ant. 3. Mi alimento es hacer la voluntad del Padre.

Salmo 39, 17-18

Dichoso el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no acude a los idólatras
que se extravían con engaños.

Cuántas maravillas has hecho,
Señor Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro;
nadie se te puede comparar.
Intento proclamarlas, decirlas,
pero superan todo número.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y en cambio me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy»
—como está escrito en el libro—
«para hacer tu voluntad».

Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas.

Ant. Mi alimento es hacer la voluntad del Padre.

Lectura breve (Mt 5, 14-16)

«Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brillen así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Texto de la *Evangelii Gaudium*

Sí al desafío de una espiritualidad misionera

78. Hoy se puede advertir en muchos agentes pastorales, incluso en personas consagradas, una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad. Al mismo tiempo, la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora. Así, pueden advertirse en muchos agentes evangelizadores, aunque oren, una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída del fervor. Son tres males que se alimentan entre sí.

79. La cultura mediática y algunos ambientes intelectuales a veces transmiten una marcada desconfianza hacia el mensaje de la Iglesia y un cierto desencanto. Como consecuencia, aunque recen, muchos agentes pastorales desarrollan una especie de complejo de inferioridad que les lleva a relativizar u ocultar su identidad cristiana y sus convicciones. Se produce entonces un círculo vicioso, porque así no son felices con lo que son y con lo que hacen, no se sienten identificados con su misión evangelizadora, y esto debilita la entrega. Terminan ahogando su alegría misionera en una especie de obsesión por

ser como todos y por tener lo que poseen los demás. Así, las tareas evangelizadoras se vuelven forzadas y se dedican a ellas pocos esfuerzos y un tiempo muy limitado.

80. Se desarrolla en los agentes pastorales, más allá del estilo espiritual o la línea de pensamiento que puedan tener, un relativismo todavía más peligroso que el doctrinal. Tiene que ver con las opciones más profundas y sinceras que determinan una forma de vida. Este relativismo práctico es actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran. Llama la atención que aun quienes aparentemente poseen sólidas convicciones doctrinales y espirituales suelen caer en un estilo de vida que los lleva a aferrarse a seguridades económicas, o a espacios de poder y de gloria humana que se procuran por cualquier medio, en lugar de dar la vida por los demás en la misión. ¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!

Oración

Señor, yo creo que tú eres el Dios vivo y verdadero
que en Jesús de Nazaret, el Cristo,
te has hecho cercanía,
te has hecho palabra,
te has hecho gesto y pregunta,
te has hecho profecía y misterio,
te has hecho grito en la noche
y susurro en el calor del mediodía.

Señor, yo creo que tú eres el Dios vivo y verdadero
que sigues trabajando día y noche
por la fuerza de tu Espíritu
y abres ventanas de luz y de esperanza
para que tu Reino crezca y se extienda.

Señor, yo creo que tú no estás mudo
aunque me cueste escuchar tu palabra,
aunque todos me digan que estás muerto.
Señor, yo creo que tú estás vivo
y me esperas en la vida de los que viven buscándote.

Señor, yo creo que me buscas
y te haces encontradizo conmigo
cuando muestro a los otros el camino
que por ti lleva al Padre.

Amén.

Padre nuestro

Oración conclusiva

Señor, Padre Santo, Dios fiel, que enviaste el Espíritu Santo prometido, para que congregara a los hombres que el pecado había disgregado, ayúdanos a ser, en medio del mundo, fermento de unidad y de paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Canto a la Virgen: Mientras recorres la vida

1.- Mientras recorres la vida, tú nunca sólo estás,
contigo por el camino, Santa María va.

Ven con nosotros al caminar, Santa María, ven. (bis)

2.- Aunque te digan algunos que nada puede cambiar,
lucha por un mundo nuevo, lucha por la verdad.

0. Introducción

¿Podremos afirmar que toda espiritualidad es misionera? ¿Espiritualidad y religión son términos complementarios? No son preguntas retóricas. Para intentar comentar el sentido de lo que el Papa Francisco presenta en la Exhortación Evangelii Gaudium (números 78 al 80) tenemos que tener en cuenta que en algún tiempo se ha contrapuesto la espiritualidad a la religión.

La espiritualidad se ha entendido en referencia al mundo interior de la persona (convicciones y valores, sentido de la meditación o algunas experiencias de fe), mientras que la religión alude a la creencia en un ser superior, aceptar la trascendencia, acoger doctrinas y enseñanzas. Parece que desde esta perspectiva nos encontramos que a veces las espiritualidades olvidan la presencia y la acción de Dios en el hombre como servicio a los más débiles y, al mismo tiempo, que las religiones olvidan la espiritualidad al centrarse en la transmisión de ideas, y organización de las instituciones.

Sin embargo necesitamos entenderlas integralmente puesto que ambas son importantes para vivir la fe como compasión y acogida en la búsqueda de la felicidad y la paz según el estilo de vida de Jesús. Dicho de otra manera, la espiritualidad es la fuente y las doctrinas son el cauce para llevar adelante la misión evangelizadora.

Sin olvidar que la auténtica espiritualidad tiene sentido a partir del encuentro con Jesucristo ya que se trata de transformar el corazón y la mente.

K. Rahner en una expresión que ya se ha hecho clásica: 'el cristiano del siglo XXI será un místico o no será cristiano' in-

tegra estas dos dimensiones dejando traslucir que la vida y la fe son inseparables de modo que toda la persona si quiere anunciar a Cristo tiene que estar alerta, se disponga y se transforme. Todos, sacerdotes, religiosos y seglares, ¿entendemos el significado profundo de esta afirmación? Desde este punto de vista sigue la reflexión de estas páginas.

1. Cuatro Verbos

Podríamos decir que en el proceso de crecimiento de las personas hay tres etapas que se definen por tres verbos importantes. El hacer, el estar y el ser. Son períodos nunca lineales y sí continuos porque se entrelazan e integran durante toda la vida.

En el mundo moderno el activismo, el hacer, define el ritmo en el que viven las personas. Desde el punto de vista positivo la acción de trabajar dignifica a las personas y hacen que se desarrollen las cualidades y capacidades de cada uno. Sin embargo, hoy podemos observar que la máxima eficacia y los resultados, el horario y las formalidades marcan las decisiones y los valores, provocando en muchos momentos una fuerte despersonalización. Es muy difícil en este contexto social, que entre el tráfico, el ruido y los nervios las personas intuyan o experimenten la presencia real de Dios.

El segundo verbo, estar, expresa esos momentos de sosiego y tranquilidad que las personas buscamos constantemente. La salida en masa de las grandes ciudades en los puentes del fin de semana o en el comienzo de vacaciones son manifestación de ese querer huir y evadirse de la presión del trabajo, y sirven para recuperar fuerzas con la práctica de aficiones que proporcionan más serenidad de ánimo. El descanso, el diálogo tranquilo con un amigo, la lectura reposada de un libro, el contacto con la naturaleza o la visita a familiares son espacios que ayudan a superar el estrés semanal.

El tercer verbo es el ser. No hay duda que nos encontramos aquí con un asunto complejo. ¿Quién soy yo?, ¿qué quiero ser? Estas y otras son las preguntas profundas que nacen del interior de cada persona y que representan los anhelos, las inquietudes, las heridas de la vida. Y no hay otra manera de abordarlas que encontrando espacios de silencio y de reflexión. Para un cristiano de oración y contemplación. Llegar a ser. Este es el reto.

Ya la Evangelii Nuntiandii, al recordar las palabras de San Pablo, nos daba una pista para fundamentar la espiritualidad misionera: la profundidad y la experiencia del ser desde la fe viene de la audición¹. ¿Cómo podremos anunciar el mensaje explícito de Jesucristo sin ofrecer a las personas espacios de escucha de la Palabra? Nos traiciona el hacer.

Por tanto el primer criterio será: Estar a la escucha para llegar a ser un místico. Y en estos momentos a pesar de las dificultades de todo tipo que ya sabemos (fuerte secularización, falta de valores humanos, escasez de vocaciones...) se impone una predicación viva que atienda a lo más urgente, oportuno y eficaz de modo que por muchos medios que pongamos y es-

¹. Sí, es siempre indispensable la predicación, la proclamación verbal de un mensaje. Sabemos bien que el hombre moderno, hastiado de discursos, se muestra con frecuencia cansado de escuchar y, lo que es peor, inmunizado contra las palabras. Conocemos también las ideas de numerosos psicólogos y sociólogos, que afirman que el hombre moderno ha rebasado la civilización de la palabra, ineficaz e inútil en estos tiempos, para vivir hoy en la civilización de la imagen. Estos hechos deberían ciertamente impulsarnos a utilizar, en la transmisión del mensaje evangélico, los medios modernos puestos a disposición por esta civilización. Es verdad que se han realizado esfuerzos muy válidos en este campo. Nos no podemos menos de alabarlos y alentarlos, a fin de que se desarrollen todavía más. El tedio que provocan hoy tantos discursos vacíos, y la actualidad de muchas otras formas de comunicación, no deben sin embargo disminuir el valor permanente de la palabra, ni hacer prender la confianza en ella. La palabra permanece siempre actual, sobre todo cuando va acompañada del poder de Dios. Por esto conserva también su actualidad el axioma de San Pablo: "la fe viene de la audición", es decir, es la Palabra oída la que invita a creer(EN 42).

fuerzos, sin la escucha, la Palabra se hace rutinaria y monótona. De modo contrario, la escucha de la Palabra nos transforma y nos lanza hacia adelante.

Y hay un cuarto verbo más importante, que potencia el ser. El permanecer. ‘Sin mí no podéis hacer nada’ dice Jesús (Jn 15,4). Permaneced en mi amor (Jn 15,10). Este permanecer nos da la pauta para entender que en la espiritualidad misionera que se nos pide hoy es el Espíritu Santo el agente principal de la evangelización².

Tomar conciencia y caer en la cuenta de esta realidad del Espíritu es la primera tarea del evangelizador. En esto último creo no hemos sido educados. Por lo tanto, se abre aquí un espacio infinito de creatividad y de audacia pastoral para educar desde el hacer y el estar al ser, con el objetivo de permanecer.

2. Santa Teresa de Lisieux y San Francisco Javier

Dos grandes figura de la Iglesia y patronos de las misiones católicas Santa Teresa de Lisieux y San Francisco Javier nos pueden responder.

La primera, que nunca salió del convento, afirma: ‘La santidad no consiste en ésta o la otra práctica, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños entre los brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre’.

² El es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación. Pero se puede decir igualmente que El es el término de la evangelización: solamente El suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización quería provocar en la comunidad cristiana. A través de El, la evangelización penetra en los corazones, ya que El es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia.(cfr EN 75).

No nos extrañe que sea considerada por la Iglesia como una gran misionera. Su oración realizada con fe viva y puro corazón mueve montañas. Esta experiencia marca la vida de cualquiera que quiera ser misionero.

Y el segundo, gran evangelizador de la India y el Japón, ¿de dónde sacaba las fuerzas sino de una constante presencia de Dios en su vida? Transcribo una carta escrita durante unos de sus viajes por los mares de Indonesia y Malasia:

Por amor de Cristo N.S. y de su Madre santísima y de todos los santos que están en la gloria del paraíso, os ruego, carísimos hermanos y padres míos, que tengáis especial memoria mía para encomendarme a Dios continuamente, pues vivo con tanta necesidad de su favor y ayuda. Yo, por la mucha necesidad que tengo de vuestro favor espiritual continúo, por muchas experiencias tengo conocido cómo, por vuestra invocación, Dios N.S. me tiene ayudado y favorecido en muchos trabajos del cuerpo y del espíritu. Y para que jamás me olvide de vosotros, por continua y especial memoria, para mucha consolación mía, os hago saber carísimos hermanos que tomé de las cartas que me escribisteis vuestros nombres, escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de la profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo por las consolaciones que de ellos recibo. A Dios N.S. doy las gracias primeramente, y después a vosotros, hermanos y padres suavísimos pues os hizo Dios tales que tanto me consoláis llevando vuestros nombres. Y pues, presto nos veremos en la otra vida con más descanso que en ésta, no os digo más. De Ambueno a 10 de mayo de 1546 (cfr. Lamet, P.M, El aventurero de Dios, Madrid, 2006, p. 514-515)

No cabe duda que teniendo como referencia estas citas de estos dos grandes misioneros, la evangelización se fundamenta en una fuerte y constante experiencia diaria de Dios donde la persona como vasija de barro es consciente del enorme tesoro que se esconde en cada uno.

3. El desafío de una espiritualidad misionera

a) *El primer evangelizado tendría que ser yo.*

En el compromiso evangelizador nos encontramos con personas muy válidas en diferentes ministerios, vocacionadas y entregadas en una misión a veces ardua y difícil. Al mismo tiempo en muchos casos observamos un cierto desánimo en ellas porque ven que sus esfuerzos están siendo en balde. ¿Qué ha ocurrido? El Papa lo expresa así al definir el individualismo, la crisis de identidad y una caída del fervor como tres males a tener en cuenta en la misión (EG 78).

¿Y en el conjunto de los fieles? Quizá la radiografía se quede corta, sin embargo, intuyo ahora como responsable de varias parroquias en la zona rural que la gente sencilla que vive su fe desde esas tradiciones basadas en novenas, procesiones y devociones tienen un fondo interior extraordinario. Y a mí me evangelizan. Al mismo tiempo me pregunto, ¿podré ofrecer y renovar todo ese bagaje de oraciones y devociones? Me parece que es un gran reto porque sin ese fondo de vida, la comunidad cristiana acabará perdiendo lo esencial.

Ya lo afirmaba la *Evangelii Nuntiandi*³ en aquel famoso número 76 que hablaba que la evangelización no puede darse si uno antes no es evangelizado. Y hay muchas zonas o espacios de la persona no evangelizados.

Podríamos hacer un ejercicio para comprobarlo si atendemos simplemente a nuestros sentidos. Vista: ¿cómo miramos a las personas?; Oído: ¿escuchamos sólo lo que nos interesa?; Tacto: ¿cómo utilizamos nuestros bienes o cómo saludamos a la gente? Gusto: ¿Qué preferencias tenemos, hacemos acep-

³ Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos (EN 76).

ción de personas?. ¿Qué actitud tenemos con los demás en una comida de trabajo por ejemplo?, Olfato: ¿valoramos el hecho de respirar?, ¿aguantamos los olores desagradables que nos vienen de fuera, de un enfermo, de un anciano...?

Y la actitud de salida que nos pide el Papa (cfr EG 20-27) será imposible si pretendemos anunciar el Evangelio desde el desencanto provocado por dichos males y sin dejar que nosotros mismos seamos los primeros en ser evangelizados⁴. La evangelización no se podrá realizar tampoco desde el conformismo y una espiritualidad mediocre sino desde el vigor de los santos y los mártires.

La crisis de identidad a la que se refiere el Papa es consecuencia de una actitud donde la persona se ha creído que es el centro de la vida, de sus relaciones, de su trabajo, sustituyendo la acción del Espíritu de Dios por su ego personal. Llega un momento en que la persona se vacía, que pierda el rumbo y entre en una crisis grave de fe que solo se cura con la oración.

b) *Necesidad de la comunión y el diálogo con el mundo*

Dice el Papa en el n° 79 que hay ‘agentes pastorales que desarrollan una especie de complejo de inferioridad que les lleva a ocultar su identidad cristiana y sus convicciones’.

No es fácil describir en qué consiste este complejo de inferioridad. En término ignacianos son desolaciones profundas que envuelven a la persona, que la encierran en sí misma, de modo que se valora todo lo que hay alrededor como negativo, creyendo que lo único válido es su propia manera de percibir el mundo.

⁴ D. Fernando Sebastián lo expresa así: ‘Para anunciar el Evangelio hay que vivirlo. El primer anuncio tiene que ser la misma vida del enviado. Los discípulos enviados tiene que imitar el estilo de vida de Jesús, el primer evangelizador, el primer testigo del reino de los cielos, especialmente su pobreza, su vigor profético, su ruptura con el dominio de lo mundano, su confianza en la providencia del Padre’. (cfr Sebastián Aguilar, F., *Evangelizar*, Madrid, 2010, p. 180).

Frente a esta actitud, la persona no tiene otra salida que la de vivir en comunión. ¿Qué quiero decir con esto? Que la comunidad cristiana es la referencia para estas personas en tanto en cuanto el grupo ayuda a vivir la vida desde lo positivo contemplando el mundo y a sus criaturas como algo bueno creado por Dios a pesar de tanto pecado, decepciones o frustraciones. Se trata de compartir las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres, como nos indica la *Gaudium et Spes*.

Tenemos que ser realistas y reconocer que estamos viviendo tiempos de desierto, lo cual no significa resignarse sino reaccionar con calma y con decisión.

Ante esta realidad la comunidad cristiana ha de presentarse significativamente, con sencillez y desde la pobreza, fuera de aquellos tiempos de gloria, abriéndose al mundo moderno con la convicción de que la mejor manera es vivir unidos, con criterios pastorales comunes en los diversos ámbitos de la organización eclesial⁵, con sentido de lo que la Iglesia es. El obispo francés Jacques Gaillot lo expresaba así: ‘Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada’.

Se trata de presentar el Evangelio sintiéndonos enviados. Apoyándonos mutuamente. Valorando en la práctica que la experiencia del otro me puede servir, respetando los ritmos personales, encajando bien las pequeñas decepciones, acogiendo al que llega, abriendo nuestras comunidades desde la liturgia la oración y la atención a los jóvenes y a los pobres.

⁵ Siguiendo a D. Fernando Sebastián en este punto afirma: ‘tengo la convicción de que tanto la pervivencia y la renovación de la vida religiosa, como la renovación espiritual y pastoral de nuestras parroquias, depende en buena parte de que comunidades religiosas y parroquias encuentren el punto justo de su mutuo reconocimiento e integración en la comunión de vida y en la realidad diaria de la acción pastoral, teniendo bien clara y respetando mutuamente la naturaleza y la misión propia de cada una de ellas (*ibid*, pag 219).

c) *Un estilo de vida auténtico.*

Desde mi experiencia pastoral observo que el relativismo al que se alude en el n° 80 se da en personas que están preocupadas más de sí mismas, de sus derechos o de sus posiciones futuras ante el temor de verse relegadas o no reconocidas. Al mismo tiempo en personas que consciente o inconscientemente viven en una espiral buscando escalar los primeros puestos. Son personas con una personalidad compleja, difícil de descubrir, y sobre todo con valores evangélicos muy ambiguos.

Es cierto: ‘viven en el fondo un relativismo vital que bajo convicciones doctrinales y espirituales aparentemente serias’ (cfr EG 80) desarrollan un estilo de vida que les impide madurar y crecer, estar abiertos a los demás y valorar las aportaciones de los otros. Suelen presentarse como los salvadores de la Iglesia y del mundo, cayendo después en muchas incoherencias en la vida de cada día.

El evangelio no es ya un estilo de vida asentado en valores profundos sino que se ha convertido en una ideología tratando de imponer, normas y costumbres, proyectos e ideas sin fundamento alguno y sin un discernimiento serio.

En estos casos, es necesario un acompañamiento personal que aporte lucidez e inteligencia. Que la propia persona sea capaz de descubrirse a sí misma. También valentía para que desde la corrección fraterna se pueda reorientar a la persona. Sin duda, lo profesionales de la psicología pueden ejercer un buen papel de orientación y a nivel espiritual dicho acompañamiento.

4. Conclusión⁶

1. La espiritualidad misionera será sólida al abrirnos a la realidad del Espíritu de Dios en nosotros, a través del cual nos

⁶ Es muy útil la lectura del libro de John Main, (Una palabra hecha silencio, Sígueme, Salamanca, 2008) donde se narra de modo práctico el sentido de la meditación cristiana. Estas conclusiones son fruto de esta lectura.

conocemos a nosotros mismos. Este proceso está lleno de esperanza. San Pablo afirmaba: 'la paciencia produce virtud sólida, y la virtud sólida esperanza. Una esperanza que no engaña porque al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones' (Rom 5, 4-5)

2. Hemos sido llamados a alcanzar una madurez espiritual en la que, según afirma San Pedro, tengamos 'vida divina gracias a su condición espiritual (1Pe 4, 6).

Esta madurez espiritual para que sea misionera supone que nuestras esperanzas de que la importancia y eficacia de la Iglesia se renueve en el mundo pasen de la política a la oración, de la cabeza al corazón, de la institucionalización al sentido de comunión y de la predicación al silencio.

3. Ante las dificultades propias de la vida y de la evangelización, la oración del misionero es algo más de lo que decimos o nos imaginamos de Él o incluso de aquellos pensamientos santos que podamos tener. Será el Espíritu Santo el que viene en ayuda de nuestra flaqueza, que ora en nosotros con gemidos inefables enseñándonos a orar como conviene (Rm 8,26).

4. Dice San Agustín (Serm de Script NT, 88, V.5): 'nuestra única tarea en esta vida es devolver la salud a los ojos para poder contemplar a Dios'. Ese ojo es nuestro espíritu. Nuestra primera tarea en la evangelización en el mundo en el que vivimos y tal como se desenvuelve hoy es encontrar nuestro espíritu, porque es la cuerda salvadora que nos une al espíritu de Dios. De este modo el proceso desde el hacer al estar y al ser y al permanecer será un progreso divino donde compartimos la esencia de la armonía, de la luz, el gozo y el amor. Es una dinámica que nos lleva a vivir en el aquí y ahora percibiendo la trascendencia de Dios como el Absoluto que llena la vida incorporándonos ya a la vida de Cristo Resucitado.

Preguntas para la reflexión y el diálogo en el grupo

- Impresiones generales de la lectura de esta reflexión. ¿te ha iluminado en tu vida personal?, ¿destacarías algún aspecto?
- ¿Estás de acuerdo que en nuestra vida espiritual o en nuestra formación sacerdotal o en la vida pastoral con el pueblo de Dios se ha cultivado más la dimensión del hacer que la del estar o ser? Y ¿la del permanecer? ¿Intuyes cómo esto se puede llevar a la práctica?
- La referencia en la EG a los tres males del misionero: el individualismo, la crisis de identidad y el relativismo. ¿las percibes como causas de la falta de ardor misionero?, ¿podrías concretarlas en la vida pastoral?

NOVIEMBRE
VIVIR DESDE LA ESPERANZA

HORA INTERMEDIA

℣. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era.
Aleluya.

Himno: Un solo Señor

UN SOLO SEÑOR, UNA SOLA FE, UN SOLO BAUTISMO,
UN SOLO DIOS Y PADRE

1. Llamados a guardar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz, cantamos y proclamamos
2. Llamados a formar un solo cuerpo en un mismo Espíritu, cantamos y proclamamos
3. Llamados a compartir una misma esperanza en Cristo, cantamos y proclamamos

Salmodia

Ant. 1. Mejor es refugiarse en el Señor, porque es eterna su misericordia.

Salmodia

Ant. 1. Mejor es refugiarse en el Señor, porque es eterna su misericordia.

Salmo 117
I

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia.

En el peligro grité al Señor,
y me escuchó, poniéndome a salvo.

El Señor está conmigo, no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

Ant. Mejor es refugiarse en el Señor, porque eterna es su misericordia.

Ant. 2. El Señor es mi fuerza y mi energía.

II

Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechazé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechazé;
me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechazé.

Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
“la diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa”.

No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

Ant. El Señor es mi fuerza y mi energía.

Ant. 3. Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste.

III

Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor.
Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.
Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.

Este es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.
Señor danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.

Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;
el Señor es Dios, él nos ilumina.

Ordenad una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar.

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío yo te ensalzo.

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Ant. Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste.

Lectura breve (Mt 6, 25-33)

No estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer, ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen

los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura.

Texto de la *Evangelii Gaudium*

No al pesimismo estéril

85. Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 Co 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica.

86. Es cierto que en algunos lugares se produjo una «desertificación» espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí «el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se

agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena». En otros países, la resistencia violenta al cristianismo obliga a los cristianos a vivir su fe casi a escondidas en el país que aman. Ésta es otra forma muy dolorosa de desierto. También la propia familia o el propio lugar de trabajo puede ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla. Pero «precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza». En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, tras pasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!

Oración

Aquí estoy, Señor,
en tu nombre iré donde me envíes.
En tu nombre proclamaré mi fe
a quienes me pongas en las manos.
Yo mismo me pongo en tus manos
como el barro en manos del alfarero.

Haz de mí un testigo de la fe
para iluminar a los que buscan la luz
y te buscan.

Haz de mí un testigo de la esperanza
para sembrar la ilusión de los corazones tristes
y abatidos por el peso de la vida.
Haz de mí un testigo de tu amor
para llenar el mundo
del signo que tú nos dejaste
para que todos te reconocieran.

Aquí estoy, Señor, mándame
e iré donde quieras.
Pon tus palabras en mis labios
para saber explicar las Escrituras,
para poder calentar los corazones,
para realizar los signos
que hagan posible a todos el reconocerte.

Aquí estoy, Señor, envíame tu Espíritu
para que hable yo palabras tuyas
y no mías;
para que descubra yo tu presencia
y se la muestre a los demás;
para que respete tu acción silenciosa
en el fondo del corazón de todos.

Aquí estoy, Señor, mándame
e iré donde tú quieras.

Amén.

Padre nuestro

Oración conclusiva

Señor, Padre Santo, Dios fiel, que enviaste el Espíritu
Santo prometido, para que congregara a los hombres que el

pecado había disgregado, ayúdanos a ser, en medio del mundo,
fermento de unidad y de paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Canto a la Virgen: Magnificat

1. Yo canto al Señor porque es grande,
me alegro en el Dios que me salva.
Feliz me dirán las naciones,
en mí descansó su mirada.

UNIDOS A TODOS LOS PUEBLOS,
CANTEMOS AL DIOS QUE NOS SALVA

2. El hizo en mí obras grandes,
su amor es más fuerte que el tiempo,
triunfó sobre el mal de este mundo
derriba a los hombres soberbios.

D. César Salvador Gallego

I. Introducción: el valor de la esperanza

Nadie se atrevería a negar el valor y la grandeza de la virtud de la esperanza. Filósofos, teólogos y pensadores han alabado su riqueza y su bondad. Se ha dicho que “el hombre es un animal que espera”, que allí “donde no hay esperanza no hay vida”, porque “vivir es esperar” y porque constitutivamente “somos esperanza”. Por eso “el hombre se resiste a caminar si no presiente una puerta de esperanza abierta al futuro” y los humanos podemos constatar que “nada hay más duro para el hombre que trabajar y vivir sin esperanza”, e incluso alguien llega a afirmar que “el infierno es esperar sin esperanza”.

En todas las personas anida el deseo profundo de vivir con esperanza, de estar cierto en su interior de que lo que hace, lo que vive, sufre o por lo que se afana, tiene sentido, un horizonte de posibilidad, una aspiración a la realización o al éxito. Nadie comienza una empresa, se empeña en un trabajo o emprende una aventura si no está medianamente convencido de poder terminar con éxito aquello que ha emprendido. La mayor realización del ser humano es vivir su propia existencia, su mayor empresa es no fracasar en ser él mismo y llevar adelante sus convicciones; sus mayores luchas están puestas en construir su vida y su entorno para conseguir la felicidad. Presiente que esto es posible, que está al alcance de su mano, que lo puede llegar a tocar con la yema de los dedos. Nadie se arroja al escenario de la vida pensando que va a ser zarandeado, pisoteado, rechazado, odiado e ignorado por todos los semejantes que se crucen en su camino. Todos albergamos la esperanza de una vida feliz y dichosa en la que se hagan realidad nuestros sueños y anhelos, nuestros deseos e ilusiones. No

se puede vivir sin esperanza. La esperanza es invencible y poderosa, aunque parezca una virtud pequeña y humilde. Es capaz de sacar fuerzas de flaqueza y convertir las derrotas en victorias. La esperanza no solo es valiosa, sino que da valor a todas las cosas. Además los que somos creyentes hacemos de las promesas de Dios la fuente última de nuestra esperanza. El Dios fiel que ha entregado a su hijo Jesucristo a la muerte por nuestra salvación es el aval que garantiza el futuro de plenitud que tiene reservado para todos los hombres.

II. Crisis de la esperanza humana

Y sin embargo esta sed de esperanza del ser humano, parece hoy vivirse en un desierto. El hombre de la sociedad posmoderna actual no sabe dónde acudir para calmar el ansia insoportable que provoca esta sed. Se habla y se escribe mucho sobre la crisis de esperanza; vamos a detenernos en los dos hilos que entretujan la esperanza: los deseos y la confianza. Estas dos realidades padecen ciertas patologías que hacen que la esperanza se halle tan debilitada y enferma.

1. Los deseos

La esperanza se alimenta de los deseos. Los sentimientos de querer poseer algo anhelado y estimado como bueno o de poder realizar alguna empresa imaginada, querida y acariciada, son propios y constitutivos del ser humano. Hay deseos de cosas, de personas, de valores, de acciones... Hay deseos bonitos y feos, pequeños y grandiosos.

El problema es que muchos de nuestros contemporáneos circunscriben única y exclusivamente sus deseos al ámbito de la inmanencia, de lo mundano, “de tejas para abajo”. De ahí que las esperanzas de muchos quedan enclaustradas en la pobre realidad de esta tierra, entre las cuatro paredes de este mundo. Pero el hombre quiere más, busca más, desea más, y

tarde o temprano sentirá la fuerza de la insatisfacción que le oprime.

Otro grave problema al que se enfrenta el mundo de los deseos es cuando solo y exclusivamente se busca la satisfacción inmediata y fácil de los deseos, cosa que suele darse con más frecuencia entre los más jóvenes; lo cual conducirá a muchos a buscar válvulas de escape en el mundo de la droga, del placer por el placer, de la comodidad por encima de todo, del arribismo que me sitúe lo mejor posible...

Si el mundo de los deseos en muchas personas se construye partiendo de estas realidades, difícilmente se podrá mantener la salud y el vigor de la esperanza.

2. La confianza

El otro componente inseparable que acompaña a la esperanza es la confianza; y hoy se ha vuelto difícil de mantener y de sustentar. Para muchos la realidad se impone y la negatividad en la que se nos muestra hace imposible seguir confiando en el mundo y en el hombre. El mal hace tanto ruido que es imposible no darse cuenta de su presencia. Algunos piensan que los que siguen confiando son unos ilusos que tarde o temprano se desengañarán.

Cuando nos levantamos cada mañana y nos asomamos a la actualidad informativa, descubrimos un mundo marcado por malas noticias: guerras y violencia de todo tipo que dominan sobre el entendimiento y el diálogo, el afán desmesurado de poseer de algunos países que lleva a vivir en la pobreza y el hambre a millones de personas, la corrupción que afecta a personas e instituciones en la que parece que todo vale para enriquecerme yo o a mis amigos, la presión migratoria que deja nuestros mares sembrados de cadáveres y el rechazo de los países de acogida, las distintas dependencias y situaciones que esclavizan a jóvenes, niños y mayores (drogas, trata de blancas, abusos a menores, niños-soldados, ancianos abandonados,

niños a los que se niega el derecho a la vida, las distintas dependencias de las nuevas tecnologías, ...), desastres y catástrofes, los hospitales y ambulatorios llenos de enfermos que luchan por conseguir la salud, las noticias que nos llegan cada día de familiares, amigos o conocidos que mueren. Y podríamos continuar con esta lista en la que se nos muestra el lado más oscuro de la vida. Muchos de nuestros paisanos perciben cada una de estas situaciones como un jarro de agua fría que acaba apagando el fuego de la esperanza. ¿Es posible confiar en un futuro mejor cuando las cosas aparentemente parece que cada vez van peor?

No todos podrán ver la luz en medio de tanta oscuridad, no todos serán capaces de alzar la vista para descubrir que detrás de la negrura de tantas situaciones dolorosas se puede levantar triunfante el amor, que al final de la noche se abre un nuevo amanecer que da vida al universo.

III. La esperanza cristiana

Hemos de reconocer que los cristianos tenemos suerte. No estamos atados a las visiones estrechas y parciales de los que han cerrado la puerta de la trascendencia. No se trata de un optimismo barato, la esperanza cristiana auténtica conoce, porque ha sufrido, las huellas del mal y del dolor, ha sabido enfrentarse al mal y a los reveses de la vida. Fraguada junto a la cruz de Jesucristo y aceptando las cruces de cada día como el equipaje del que camina hacia la salvación prometida. La esperanza cristiana es un don de Dios que se basa en un intenso y ardiente deseo de Dios y de su reino; un Dios fiel que nos ha amado desbordantemente en su hijo Jesucristo y tiene preparado un futuro de salvación y plenitud para toda la humanidad. Se trata de un deseo de encontrarse plenamente con Dios, de gozar para siempre de su presencia y de su amor.

Así es posible renovar también la confianza en el hombre, salido de las manos de Dios, de un Dios que todo lo hace bien, que no hace “chapuzas”. “En el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio”, por eso es posible confiar en él, porque confiamos en Dios. El hombre ha sido creado para llenar todo de vida, de amor y de belleza; lo más profundo de su corazón es positivo, no todo está corrompido.

La esperanza cristiana está indisolublemente unida a sus dos hermanas y compañeras de viaje: la fe y la caridad. Las tres se sostienen y alimentan mutuamente. Sin la fe la esperanza cristiana se transforma en una ilusión utópica, pues la fe es el suelo firme sobre el que se sostiene la certeza del cumplimiento de las promesas de Dios. Y al mismo tiempo como sólo lo que se ama es digno de depositar en él la esperanza, amamos a Dios sobre todas las cosas del que esperamos la salvación. Creemos en Dios, esperamos en Dios y amamos a Dios, tres afirmaciones que sostienen toda nuestra vida cristiana.

IV. Desesperanza y esperanza mirando a nuestra diócesis

En este apartado me voy a fijar en situaciones concretas que podemos descubrir en nuestra vida o en la vida de nuestra Iglesia de Zamora, son cosas muy sencillas y por todos conocidas. Realidades que por una parte minan, debilitan y desgastan la confianza y la esperanza, y por otra, nos invitan a una mirada eclesial de fe y se convierten en retos esperanzadores que han de suscitar en nosotros una nueva ilusión, un trabajo apasionado, una entrega con ardor a la misión evangelizadora en esta tierra, en el aquí y en el ahora de este momento que nos ha tocado vivir.

1. Descenso de la práctica religiosa

Una mirada a nuestras celebraciones, comparándola con la realidad de hace 40 o 50 años, cosa que pueden hacer los sa-

cerdotes mayores (y que son los que constituyen la mayoría de nuestro presbiterio), nos descubre que hoy son minoría los que participan en la eucaristía dominical, que ya hay más jóvenes en nuestra sociedad que eligen otro camino distinto al matrimonio canónico, que son muy pocos los ancianos o enfermos que solicitan el sacramento de la unción, que la crisis del sacramento de la penitencia se da también entre los más cercanos a la Iglesia, que la mayoría de nuestros adolescentes ya no estiman necesario el sacramento de la confirmación y que cada vez son más padres los que no solicitan el bautismo para sus hijos. Todo esto ha provocado en muchos sacerdotes y comunidades cristianas un sentimiento de pesimismo que se ha instalado en el corazón. En las reuniones de sacerdotes con frecuencia aparece la nostalgia de un pasado brillante que ya no volverá. Un desaliento que se mezcla muchas veces con un insano sentimiento de culpabilidad. Esta situación hace inevitablemente brotar muchas preguntas ¿Qué hemos hecho para llegar a esta situación? ¿Dónde va a terminar todo esto? ¿Hay alguna salida? ¿Y cuando desaparezca la generación de más de 60 años que es la que abunda en nuestras iglesias qué quedará? ¿Realmente hemos fracasado en todos nuestros esfuerzos por evangelizar? Esperanza es dejar de mirar hacia atrás y hacia abajo, para ponerse a mirar hacia delante y hacia arriba.

También es cierto que hay brotes de esperanza, que mirando detenidamente se aprecian signos positivos, pequeños y escondidos, pero que también están ahí luchando por hacerse presentes y darse a conocer. En muchas parroquias o unidades parroquiales hay excelentes grupos de catequistas dispuestos y entregados al máximo, existen laicos o grupos preocupados por una mayor formación que les permita vivir mejor su fe, las estructuras diocesanas se esfuerzan por buscar caminos y propuestas que ayuden a los cristianos a vivir con más intensidad la fe, las manifestaciones de la religiosidad popular no solo se mantienen sino que están creciendo, Cáritas diocesana y las cáritas parroquiales gozan cada vez más de

mayor apoyo y prestigio por parte de la sociedad, el cuidado de las celebraciones sacramentales y la fe con que se viven, ...

La realidad es así y es innegable, pero podemos afrontarla desde el pesimismo, desde el miedo y la huida, o movidos por la esperanza (no por falsos espejismos). Podemos proyectar nuestra mirada creyente sobre esta situación y con la confianza puesta en el Dios fiel que cumple siempre sus promesas, descubrir el reto al que nos enfrentamos como una posibilidad de vivir con nuevos bríos la misión evangelizadora de la Iglesia. Llevamos varios siglos en los que la dimensión misionera de la Iglesia había quedado reducida a los “países de misión”, hoy nos enfrentamos al reto de hacer de nuestra tierra “tierra de misión”. No sabemos porque no lo hemos hecho nunca, pero este es un bonito momento para comenzar. La exhortación del papa Francisco es una llamada a toda la Iglesia, especialmente a la Iglesia Occidental a salir de los esquemas de cristiandad para situarnos en una clave misionera evangelizadora. Hemos de lanzarnos con arrojo, valentía e ilusión a esta tarea, comenzando por preparar a nuestras comunidades cristianas para que vivan su fe en este compromiso misionero; son los laicos y las comunidades la fuerza viva que sean fermento evangélico en la sociedad. Sin prisa, pero sin pausa, no hay que tener prisa por acariciar los resultados y el éxito.

2. Escasez de sacerdotes y de vocaciones sacerdotales

Los números son incuestionables. Solo algunos datos que, aunque conocidos por todos, nos sitúen y nos hagan apreciar con mayor claridad el cambio sufrido a lo largo de estos últimos años. En 1960 había 348 sacerdotes incardinados en la diócesis (incluyendo los que trabajaban fuera, pero estaban incardinados en Zamora), 174 alumnos en el Seminario Mayor y hubo 17 ordenaciones sacerdotales. En 1980 los sacerdotes incardinados eran 304 (la inmensa mayoría en activo), una sola ordenación y 12 seminaristas mayores. En el simbólico año

2000 los sacerdotes incardinados se han reducido a 229 (de los cuales solo 161 están en activo trabajando en la diócesis, el resto son jubilados o residen fuera de la diócesis), en ese año recibió la ordenación un joven sacerdote y manteníamos un número más que aceptable de seminaristas, que contabilizan un total de 21. En el 2011 (último año que recoge la guía diocesana del 2012) nos encontramos con 108 curas en activo residentes en la diócesis (con una media de edad de casi 63 años, ya que solo 41 sacerdotes tienen menos de 60 años), una sola ordenación sacerdotal y un único seminarista mayor. En estos momentos somos pocos más de 90 los que tenemos nombramiento pastoral y dentro 5 años quizá no lleguemos a los 75 en activo. Dentro de 10 años previsiblemente seremos todavía bastantes menos.

A esta situación de escasez hay que añadir otro dato preocupante y es el del envejecimiento del clero; en esos momentos la media de edad de los sacerdotes en activo está en torno a los 64 años. Esto trae consigo las consiguientes dificultades de los problemas de salud y la falta de agilidad física y psicológica para adaptarse a los nuevos tiempos y las nuevas exigencias. La edad avanzada de muchos le impide “subirse al tren” con todas las consecuencias de la nueva tarea misionera y evangelizadora, aunque todos tienen algo que aportar, y siempre desde el reconocimiento de una vida gastada al servicio de Dios y de la gente en nuestra diócesis.

Junto a estos datos hemos de señalar también otros de carácter positivo. Comparando con otras diócesis similares a la nuestra, hemos de reconocer con agradecimiento que disponemos en estos momentos de un buen grupo de curas jóvenes dispuestos y bien preparados teológicamente y pastoralmente que serán los que en un futuro no muy lejano les tocará “tirar del carro” en las principales responsabilidades de la diócesis; ha habido una buena disponibilidad y gran generosidad por parte de la mayoría de los sacerdotes para asumir cada vez más responsabilidades y parroquias, la mayor parte de las veces sin

quejas y sin lamentos, con entrega e ilusión; la fidelidad de muchos sacerdotes en los pueblos pequeños donde han visto como allí ya no vivía ni el médico, ni el maestro, ni la Guardia Civil, y sin embargo ellos permanecían al lado de la gente; la escasez de sacerdotes nos ayudará a no caer tan fácilmente en un clericalismo que lo dirige todo, lo controla todo y pretende hacerlo todo; en estos momentos asistimos también a un ligero repunte de seminaristas mayores, en este curso contamos con 6 jóvenes formándose en Salamanca; otro aspecto a señalar es el cuidado y el calor humano y espiritual que en estos últimos años se ha procurado con los hermanos sacerdotes mayores, es de agradecer el trabajo de la Diócesis y la Casa Sacerdotal en este sentido.

Con todos estos datos en la mano somos invitados a mirar al futuro con confianza. El relevo ministerial queda asegurado, aunque siendo menos, tendremos que hacer más. Si creemos de verdad que el ejercicio del ministerio es fuente de enriquecimiento espiritual, no tendremos la desgracia que padecen muchos de nuestros contemporáneos de estar en paro y ese compromiso apostólico será también fuente de realización y alegría. La escasez de sacerdotes puede ayudarnos también a saber priorizar nuestras tareas y a dedicar nuestros esfuerzos a lo que realmente es importante y va a conducir a que la pastoral tenga un carácter más misionero. Como contrapartida a la escasez de sacerdotes, ha nacido un nutrido grupo de celebrantes de la palabra que es fermento evangelizador de muchas parroquias rurales. Además tenemos el reto de proponer con mayor entusiasmo a jóvenes y niños la vocación a la vida sacerdotal; en otro tiempo las vocaciones parecía que surgían casi de una forma espontánea, hoy hay que suscitarlas, promoverlas, acompañarlas y formarlas con esfuerzo y mimo. Si somos hombres de esperanza viviremos con alegría, en confianza, sin prisas, superando los miedos y los rencores, viviendo apasionadamente el presente, sembrando cada día y adelantando el futuro de salvación con la oración y el trabajo.

3. Envejecimiento de la población y despoblamiento

Desde hace ya muchos años venimos asistiendo a este lento pero constante proceso de despoblamiento y envejecimiento de la población, especialmente en el medio rural. En nuestra diócesis más de la mitad de la población vive en las 3 ciudades que existen en este territorio, pero geográficamente la otra mitad está dispersa por los más de 270 pueblos que configuran la diócesis. En nuestros pueblos es frecuente el lamento de que los jóvenes se han tenido que marchar fuera para ir a buscar trabajo, y los niños han ido poco a poco desapareciendo, el cierre de las escuelas (convertidas en algunos lugares en tatorios) ha terminado por apagar el entusiasmo de algunos pueblos.

Las tres ciudades (Zamora, Benavente y Toro) apenas han crecido y si lo hacen es a costa de la emigración de la gente mayor de los pueblos o de matrimonios jóvenes que buscan una mejor situación académica para sus hijos. Pero también aquí manda el desencanto de no haber futuro. No es de extrañar que el pesimismo de muchas de las gentes de nuestros pueblos y ciudades nos sea transmitido cuando se acercan hasta la Iglesia o a los sacerdotes.

En medio de esta realidad podemos valorar cómo muchas de estas personas han sabido mantener toda esa serie de sanos valores tradicionales que sus paisanos que se fueron a las grandes ciudades perdieron, y entre ellos el valor de la religión y de la fe. Estadísticamente al comparar el índice de participación religiosa y sacramental con otros lugares y diócesis más urbanas e industrializadas, podemos decir con cierta satisfacción que entre nosotros hay una mayor práctica litúrgica-sacramental que en otros lugares.

La diócesis que tenemos es ésta y no la que soñaríamos o deseáramos. En ésta y con nuestra gente es en la que estamos llamados al ejercicio del ministerio. El evadirnos de la realidad es una larvada forma de infidelidad de la que el Señor

nos pedirá cuentas. En medio de estas comunidades a veces envejecidas y pequeñas está creciendo y gestándose la semilla del Reino de Dios. Quizá en muchas parroquias no se puedan realizar acciones pastorales espectaculares o vistosas, pero sí que en todas podemos descubrir signos de la presencia del Reino que nos estimulan y alientan. Podemos imaginarnos a Pablo, el gran evangelizador de los paganos, totalmente orgulloso y enamorado de sus pequeñas comunidades cristianas; por ejemplo de la que peregrina en la gran ciudad de Corinto (más de 500.000 habitantes) en la que intentan vivir la fe cristiana no más de 60 o 70 personas y a los que Pablo dirige sus cartas. Si al apóstol no le faltaron las ganas y las fuerzas para desvivirse por ellos, a nosotros tampoco nos pueden faltar.

4. Escasa vitalidad eclesial y pobre compromiso social de nuestras comunidades cristianas.

Como ya apuntábamos anteriormente, la pobreza y la pequeñez de muchas comunidades lleva a vivir la fe en un estado permanente de mantenimiento. Muchos piensan que nos hemos de conformar con no perder lo que tenemos, que no podemos aspirar a nada nuevo, que no tenemos la fuerza ni el empuje suficiente como para embarcarnos en empresas novedosas y que pueden resultar arriesgadas; así pues, piensan limitémonos a lo de siempre. Esta mentalidad es compartida por algunos agentes de pastoral y conduce a la parálisis de cualquier crecimiento espiritual y numérico de las comunidades, que permanecen ancladas en un pasado que provoca un miedo paralizante ante los retos del presente.

Igualmente descubrimos que en nuestra diócesis no hay testimonios de cristianos que levanten su voz desde los medios de comunicación, el mundo de la cultura, de la política o los sindicatos; parece que el viento del secularismo ha apagado toda manifestación pública hecha en nombre del evangelio. In-

cluso los sacerdotes parece que tenemos cierto miedo a sacar nuestras convicciones religiosas, reflexiones y propuestas fuera de los templos y de los salones parroquiales.

Junto a esta “pusilanimidad” eclesial y social de nuestras comunidades, percibimos algunos grupos (pequeños y escasos) que están llevando a cabo procesos serios de formación (en el sentido amplio de la palabra), que intentan buscar cauces para el compromiso (más en el terreno eclesial que social) y que favorecen un crecimiento espiritual adecuado. Además en muchas de nuestras parroquias hay un núcleo (no muy numeroso, pero significativo) de laicos estimulados espiritualmente y dispuestos a asumir responsabilidades y compromisos. Por otro lado tenemos la labor de Cáritas, tanto a nivel diocesano como arciprestal o parroquial, que nos sumerge en el mundo de los preferidos del Señor y nos introduce en el lado del corazón más sufriente de la sociedad, desde el que levantar la palabra por aquellos que no la tienen o han perdido su voz.

La mies está ahí, el campo es muy vasto, están abiertos los surcos sobre los que sembrar el evangelio; nos apoyamos y aprovechamos de todos los que antes que nosotros gastaron su vida y ofrecieron sus esfuerzos en el crecimiento de la Iglesia en esta tierra de Zamora. Ahora nos toca a nosotros.

5. Ausencia significativa de jóvenes en la Iglesia

Como en todas las diócesis, Zamora no es excepción, no hay más que abrir los ojos para poder llegar a esta conclusión: son muy escasos, apenas imperceptibles, los jóvenes que participan y se sienten miembros de la Iglesia. La mayoría de ellos está alejada de la práctica religiosa-sacramental y de la vida de fe. En muchos se produce un rechazo explícito y en ocasiones visceral y violento de la Iglesia como institución. Bastantes de los muchachos y muchachas de nuestros días buscan respuesta a sus preguntas y al sentido de su vida por otros caminos que nos son los del evangelio ni los de Dios. Subyace en

la “cultura juvenil” una especie de idea asumida, aunque no explicitada, de que no se puede ser joven y pertenecer a la Iglesia o vivir la fe; eso sería algo contracultural, anacrónico; por eso algunos jóvenes más involucrados con un compromiso cristiano o con un explícito planteamiento vocacional al sacerdocio o la vida religiosa son vistos como “bichos raros”.

Sin embargo la juventud es un caldo de cultivo muy adecuado para acoger, vivir y testimoniar la fuerza y la vitalidad del evangelio; cuando somos capaces de ofrecerles los cauces adecuados, como ponen de manifiesto las Jornadas Mundiales de la Juventud y la onda expansiva que provocan tanto en el antes como en el después de la celebración del evento, sí que hay una respuesta positiva y firme.

No cabe duda de la importancia de los jóvenes en la Iglesia y de los esfuerzos y el tiempo que en nuestra diócesis y en toda la iglesia se están dedicando a buscar nuevos cauces y realizaciones de la pastoral juvenil. Estamos convencidos de que estos esfuerzos no quedarán baldíos, quizá no den todos los frutos soñados y esperados, pero serán sabrosos y esperanzadores. Además se está percibiendo en muchos lugares la presencia de pequeños grupos de jóvenes, especialmente en torno a las parroquias más grandes de nuestra diócesis. Grupos que quizá no tengan una forma y estructura consolidada, que a lo mejor solo son la suma de un puñado de muchachos inquietos y comprometidos religiosamente, pero que están ahí. El trabajo pastoral con jóvenes siempre ha sido y será apasionante, en ellos está el futuro de la sociedad y de la Iglesia. Es cierto que no todos los agentes de pastoral son los adecuados y tienen la suficiente preparación, pues esta tarea requiere unas habilidades, una mentalidad, unos años y una formación. En nuestra Diócesis se están dando pasos en este sentido, aunque las iniciativas no acaban de cuajar del todo.

6. Las críticas como obstáculo a la comunión

En último lugar quisiera señalar un elemento que nos impide avanzar en el camino de la comunión en la diócesis. El hecho de ser una iglesia local pequeña en la que nos conocemos todos con vida, obras y milagros, tiene muchas ventajas y trae consigo un ambiente familiar, cálido, apegados y conocedores de la realidad concreta de toda la diócesis, ... Pero no puede menos de hacer suscitarse críticas continuas. Las críticas hacia el obispo, a los sacerdotes, a los laicos o a este o a aquel grupo, incluso al papa o a la Iglesia, se hacen frecuentes en las reuniones o en los pasillos. No es difícil descubrir que hacemos muchos juicios sobre los demás y no precisamente marcados por el amor y la misericordia. Se trataría de lo que el papa Francisco tantas veces está denunciando, incluso en clave de humor, sobre los cotilleos y las murmuraciones y cómo atentan contra la unidad. En muchos momentos son sobre temas intrascendentes, sin la mayor importancia, pero detrás se esconden no buenos sentimientos: envidias, celos, antipatías... Esto es humano, pero no es cristiano.

Todo esto puede ser transformado en una corriente sanadora. Podemos llegar a sustituir la crítica, los cotilleos y las murmuraciones por una auténtica corrección fraterna, en la que con humildad y cariño ayudemos al hermano a superar sus dificultades y yo me dejo ayudar a superar las mías. Lo que es causa de división y de ruptura puede ser convertido en motivo para crecer juntos.

V. Conclusión

Paso a enumerar los frutos que nos reporta la esperanza o las consecuencias prácticas de una vida marcada por la esperanza: alegría desbordante por todas las cosas buenas, paciencia que espera confiada el que lo mejor está siempre por venir, compromiso con la realidad del presente sabiendo que

el futuro será mejor, ensanchamiento de la fe para confiar más plenamente en Dios y su proyecto salvador, valentía para afrontar las contrariedades de la vida convencidos de que estamos en buenas manos y al final la victoria será definitiva.

“No perdáis la esperanza” nos repitió muchas veces Benedicto XVI y el papa Francisco nos exhorta “¡No nos dejemos robar la esperanza!”.

Quisiera terminar con unos textos tomados de la exhortación “*Evangelii gaudium*” que han estado en el trasfondo de esta mirada a la realidad de la diócesis, os los presento para la lectura y reflexión personal:

- La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16,22). Los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm5,20). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña. (n. 84)

- En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; ... En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, tras pasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza! (n. 86)

- A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirles especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente... ¡Atención a la tentación de la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos. (n. 99)

- A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno... «El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera... El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza» (n. 265)

- «¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?». Con esa actitud se vuelve imposible ser misioneros. Tal actitud es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta. Se trata de una actitud autodestructiva porque «el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se volvería insoportable». Si pensamos que las cosas no van a cambiar, recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. (n. 275)

VI. Preguntas para el diálogo

- ¿Qué signos de esperanza descubres en tu vida ministerial, en tu realidad pastoral y en el arciprestazgo?
- ¿Qué realidades o situaciones de tu parroquia y del arciprestazgo están más necesitadas de esperanza? ¿Qué podemos hacer para inyectar esperanza en estas realidades?

DICIEMBRE

NUEVAS RELACIONES EN CRISTO

HORA INTERMEDIA

VI. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era.
Aleluya.

Himno: Esperando, esperando (Adviento)

1.- Esperando, esperando,
esperando al Mesías
que nos ha de salvar
tierra y hombres que sueñan
porque Dios va a llegar, esperando...
Esperamos, Señor, tu venida,
tu venida de verdad.
Buscamos la luz que nos guíe
y encendemos estrellas de papel.
¿Hasta cuándo Señor jugaremos
como niños con la fe?
Aunque vanos discursos gitemos,
pregonando una falsa hermandad.
¿Hasta cuándo Señor viviremos
sin justicia y caridad? Esperando...
Esperamos, Señor, tu venida,
tu venida de verdad.

2.- Esperando, esperando,
esperamos a un niño
que en Belén nacerá

como nace en mi alma,
si hay en mi Navidad.
Esperando...
Esperamos, Señor, tu venida,
tu venida de verdad.
Villancicos alegres y humildes,
nacimientos de barro y cartón,
más no habrá de verdad Nacimiento,
si a nosotros nos falta el amor.
Si seguimos viviendo en pecado
o hay un niño que llora sin pan,
aunque suenen canciones y fiestas,
no podremos tener Navidad. Esperando...
Esperamos, Señor, tu venida,
tu venida de verdad.

Himno: Adeste Fideles (Navidad)

1. Adeste fideles, laeti triumphantes,
venite, venite in Betlehen.
Natum videte, regem angelorum.

*Venite adoremus, venite adoremus,
Venite adoremus, dominum.*

2. En grege relicto, humiles ad cunas.
Vocati pastores approperant:
Et nos avanti gracu festinemus

3. Aeterni parentis splendoren aeternum.
Velatum sub carne videbbimus:
Deum infantem, panis involutum.

Salmodia

Ant. Adviento Los profetas anunciaron que el Salvador nacería de la Virgen María

Ant. Navidad José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía de él

Salmo 145

Alaba, alma mía, al Señor:
alabaré al Señor mientras viva,
tañeré para mi Dios mientras exista.

No confiéis en los príncipes,
seres de polvo que no pueden salvar;
exhalan el espíritu y vuelven al polvo,
ese día perecen sus planes.

Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob,
el que espera en el Señor, su Dios,
que hizo el cielo y la tierra,
el mar y cuanto hay en él;

que mantiene su fidelidad perpetuamente,
que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.

El Señor liberta a los cautivos,
el Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos.

El Señor guarda a los peregrinos,
sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.

El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad.

Salmo 15

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: “Tú eres mi bien”.
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Salmo 20, 2-8.14

Señor, el rey se alegra por tu fuerza,
¡y cuánto goza con tu victoria!
Le has concedido el deseo de su corazón,
no le has negado lo que pedían sus labios.

Te adelantaste a bendecirlo con el éxito,
y has puesto en su cabeza una corona de oro fino.
Te pidió vida, y se la has concedido,
años que se prolongan sin término.

Tu victoria ha engrandecido su fama,
lo has vestido de honor y majestad.
Le concedes bendiciones incesantes,
lo colmas de gozo en tu presencia;
porque el rey confía en el Señor,
y con la gracia del Altísimo no fracasará.

Levántate, Señor, con tu fuerza,
y al son de instrumentos cantaremos tu poder.

Ant. Adviento Los profetas anunciaron que el Salvador nacería de la Virgen María

Ant. Navidad José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía de él

Lectura breve (Jn 15, 1-5)

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la palabra que os he dicho. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vos-

otros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada.

Texto de la *Evangelii Gaudium*

Sí a las relaciones nuevas que genera Jesucristo

88. El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura.

89. El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo

sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios.

91. Un desafío importante es mostrar que la solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros. Eso es lo que hoy sucede cuando los creyentes procuran esconderse y quitarse de encima a los demás, y cuando sutilmente escapan de un lugar a otro o de una tarea a otra, quedándose sin vínculos profundos y estables: «Imaginatio locorum et mutatio multos fefellit». Es un falso remedio que enferma el corazón, y a veces el cuerpo. Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad.

Oración

Señor, tu eres Dios de cercanía,
tú eres el Dios que rompe distancias,
tú eres el Dios que se abaja a nuestro suelo,
tú eres el Dios que sabe estar donde estamos.

Señor, Dios de encarnación,
enséñame tu pedagogía divina,
que comienza por hacerse cercano,
eliminar distancias,

aproximarse hasta hacerse “semejante en todo”
menos en el pecado.

Señor, Dios de encarnación,
enséñame tu pedagogía divina
para hacerme enconadizo
con los que se sitúan al margen del camino,
o se fueron de casa buscando aventuras,
o se quedaron en casa sin sentirse hijos de verdad.

Señor, Dios de encarnación,
enséñame tu pedagogía divina
para realizar los gestos que revelan tu amor,
para pronunciar las palabras que desvelan
el secreto de tu corazón.

Amén.

Padre nuestro

Oración conclusiva

Adviento

Señor, Dios todopoderoso, que nos mandas abrir camino a Cristo, el Señor, no permitas que desfallezcamos en nuestra debilidad los que esperamos la llegada saludable del que viene a sanarnos de todos nuestros males. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Navidad

Oh Dios, que de modo admirable has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y de un modo más admirable todavía restableciste su dignidad por Jesucristo, concédenos compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana. Por Jesucristo, nuestro Señor.

*Santa María de la esperanza
mantén el ritmo de nuestra espera (bis).*

D. Emilio-José Justo Domínguez

1. Nos diste al Esperado de los tiempos,
mil veces prometido en los profetas.
Y nosotros de nuevo deseamos
que vuelva a repetirnos sus promesas.

2. Brillaste como aurora del gran día,
plantaba Dios su tienda en nuestro suelo.
Y nosotros soñamos con su vuelta,
queremos la llegada de su reino.

Uno de los elementos fundamentales de nuestra cultura es la pretensión de autonomía personal, que tiende a identificarse con la independencia de todo vínculo tradicional y de toda influencia social. Esto tiene como consecuencia la aparición de un individualismo creciente y globalizado. Paradójicamente, cuando se busca y se vive en un contexto de globalización, las personas se vuelven a lo individual, como refugio frente a lo impersonal, pero también como espacio de cominidad en el que se fomenta un cierto egocentrismo.

Por otro lado, vivimos en una cultura de la comunicación. Abundan los mensajes, las palabras y los actos de comunicación. Sin embargo, la soledad, el miedo y la desesperación no sólo no desaparecen, sino que aumentan, pues los individuos no llegan a un nivel de comunicación personal que enriquezca la vida. La comunicación mediática, en la que a menudo se elude el encuentro con el rostro del otro, hace crecer el individualismo y, unida a una pérdida de la reflexión y del sentido crítico, promueve el avance de poderes anónimos que influyen en la vida de cada persona.

El individualismo como comprensión del hombre y el consumismo como actitud social conducen a lo que el Papa Francisco denuncia como “la cultura del descarte” (EG 53). La exclusión y la injusticia llevan a una forma de sociedad que no integra a las distintas personas. Esto implica la necesidad de relaciones nuevas, porque nacen de un centro fundamental siempre novedoso para las personas y conducen a una sociedad nueva. El cristianismo se basa en la relación personal del creyente con Cristo, que genera nuevas relaciones con los demás y proyecta hacia una sociedad abierta a lo nuevo (renovación) y a todas las personas (integración).

Solidaridad antropológica

Las relaciones humanas son constitutivas del ser hombre. La vida en sociedad no es una forma entre otras posibles de vida humana. El hombre es en relación con los otros. No puede entenderse en soledad, sino como un ser social. Por eso, se recibe en una tradición social, vive en una comunidad humana y está llamado a construirla.

El hombre existe en solidaridad con todo el género humano. En el segundo relato de la creación Adán reconoce a la mujer como identificada con él y a la que está vinculado: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2, 23). Esto se manifiesta de forma particular en el matrimonio: “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (Gn 2, 24). Precisamente por esta solidaridad básica como humanos, el hombre y la mujer pueden llegar a ser una sola carne, y justamente a partir de esta unión se generan nuevos hombres. En esta línea de la solidaridad interhumana, el profeta Isaías explica que el ayuno agradable a Dios es la apertura a los demás y la ayuda a los pobres. Y lo fundamenta diciendo: “No te cierres a tu propia carne” (Is 58, 7). El prójimo no es ajeno, sino que está incluido en uno mismo y el destino propio depende del suyo.

Hay una vinculación fundamental entre los seres humanos. Además de ser iguales en dignidad, están constitutivamente vinculados entre sí, porque tienen el mismo origen y han sido creados como una comunidad. Esta unidad de todo el género humano tiene su centro en Cristo, en quien todo ha sido creado (cf. Col 1, 16). Él es la forma, el fundamento y el destino de toda la creación, por lo que en Él todo hombre encuentra su medida y su destino. Por esta constitución de criatura, el hombre está llamado al encuentro con Cristo y está vinculado a Él, a todos los hombres y a la creación entera. Cada persona participa en la unidad de toda la creación. Por eso, recibe la influencia de gracia y de pecado y tiene su res-

pensabilidad en la comunión de la creación. Su vida repercute en la red de relaciones en la que existe. Toda persona es, por tanto, solidaria del destino de la humanidad y de la creación. Su destino personal y el destino común están en mutua relación.

Esta solidaridad metafísica de toda la humanidad es el fundamento para invitar a ser moralmente solidario con los demás y también es, en otro orden, el soporte antropológico para entender la solidaridad sacramental en la que se asienta la Iglesia. Así se puede entender la posibilidad y la necesidad de unas relaciones nuevas por la vinculación personal con Cristo.

Familia de Jesús

En uno de los aspectos más provocativos y revolucionarios del mensaje evangélico, Cristo trasciende el concepto de familia. Vivió casi toda su existencia terrena en la dinámica de la familia natural. Pero cuando ha creado el grupo de sus discípulos, va más allá de su familia y entiende que los que están unidos a Dios, su Padre, por la acogida y vivencia de su Palabra, son su familia personal. Ante la indicación de que su madre y sus hermanos lo buscan, Jesús dice: “¿Quién es mi madre y mis hermanos? –Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: –Éstos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3, 33-35).

El seguimiento de Jesús genera unas relaciones nuevas. El que es su discípulo, es de su familia, y aquellos que comparten ese discipulado también entran en esa nueva relación familiar. En el evangelio joánico se explicita esta relación con la imagen de la vid y de los sarmientos (cf. Jn 15, 1-17). El discípulo está vitalmente unido a Cristo y permanece en Él si ama como Él. El seguimiento y la unión con Cristo crean unas relaciones nuevas, que son relaciones de amor y de amistad con Cristo y

entre sus discípulos. La familia tiene su centro vital en el padre, al que se ama, se escucha y se respeta. El Padre es el nuevo centro vital y Jesús transmite su Palabra y su mandamiento: “Amaos los unos a los otros” (v. 17).

Así pues, el que cree en Jesús tiene una familia nueva, que no sustituye a la familia natural, pues se sitúa en otro orden, aunque sí tiene prioridad en la nueva escala de valores del creyente. En realidad la fe en Jesús crea una relación nueva con Él y entre sus discípulos, que es más fuerte que la misma familia. Por tanto, no se habla contra la familia natural –cuyas relaciones son potenciadas y profundizadas por la fe en Cristo–, sino que se hace ver la radicalidad de las nuevas relaciones, que son más intensas y más vivas incluso que la relación más fundamental de los hombres y de la sociedad. El seguimiento de Jesús renueva a la persona y genera unas relaciones sociales fuertes y renovadoras.

Eclesialidad del cristiano

El seguimiento de Cristo incluye la participación del discípulo en la familia cristiana, esto es, la inserción en la Iglesia. El que sigue a Cristo queda vinculado a su comunidad y remitido a ella, pues Él mismo se ha vinculado a sí mismo a la Iglesia. Con explicitud Jesús ha dicho que está en tres realidades: los necesitados (“Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”: Mt 25, 40), la Eucaristía (“Éste es mi cuerpo... Ésta es mi sangre”: Mc 14, 22-24) y sus discípulos (“Quien a vosotros recibe, a mí me recibe”: Mt 10, 40; “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”: Mt 28, 20). La Iglesia, como la comunidad de los discípulos de Jesús, es sacramento en el que Cristo está presente y a través del cual actúa en el mundo.

El cristiano es radicalmente eclesial. Quien se une a Cristo, queda vinculado a su Iglesia. Sólo en la comunión eclesial es posible vivir todos los aspectos de la fe cristiana, pues la rela-

ción con Cristo incluye la unión con sus demás discípulos. Es una relación constitutivamente eclesial, pues la fe genera una fraternidad sin la que un cristiano no se puede entender adecuadamente. Por tanto, el ser cristiano es lo más radicalmente opuesto al individualismo. Supone la integración en una nueva familia, la apertura a la comunidad y a la misión compartida.

Esta eclesialidad de la fe cristiana es lo que el Papa Francisco llama “la dimensión social del Evangelio” (EG 88). La fe se vive en comunidad, y no de forma abstracta. Supone el realismo del encuentro con el otro, la pertenencia a la comunidad y el servicio a los demás. Implica relaciones vivas, con personas concretas y con tareas determinadas. Se trata de una fraternidad cristiana que se realiza en la vida de una comunidad.

Esta dinámica comunitaria se ha presentado en la teología paulina con la imagen del cuerpo (cf. Rm 12, 4-5; 1Co 12, 12-30). La Iglesia es el Cuerpo de Cristo (cf. Col 1, 18). Cada cristiano es miembro de este cuerpo, por lo que, al estar vinculado con su Cabeza, queda unido a todos los demás miembros, participando de la vida que le viene de Cristo y de la actividad de cada uno de esos miembros. En esta comprensión de la Iglesia es especialmente significativa la Eucaristía. El que comparte el Cuerpo eucarístico de Cristo se “in-corpora” a su Iglesia, al cuerpo eclesial. En un famoso texto san Agustín lo dice con gran belleza: “Se te dice, en efecto: ‘El cuerpo de Cristo’, y tú respondes: ‘Amén’. Sé miembro del cuerpo de Cristo, para que sea verídico tu Amén... Sed lo que veis y recibid lo que sois” (Serm. 272: PL 38, 1247). En esta dinámica cada cristiano se entiende en relación con el todo y el todo del cuerpo queda influenciado por la participación de cada uno. Por tanto, el cristiano es responsable de la Iglesia y está llamado a su edificación. La imagen del cuerpo expresa la variedad de funciones y de formas de participación, a la vez que la organicidad en la que se entroncan las diversas vocaciones y ministerios.

Las relaciones en Cristo son eclesiales, por lo que tienen lugar participando en la misión de la Iglesia y desde el lugar

que es propio de cada uno por su configuración sacramental, tanto por los sacramentos comunes a todos los cristianos y vividos personalmente en servicios diversos (bautismo y confirmación) como también por los sacramentos que significan un ministerio específico, necesario en la Iglesia pero no propio de todos los cristianos (ministerio ordenado y matrimonio).

Relaciones renovadas

La relación con Cristo genera las relaciones eclesiales y sólo desde el encuentro con Él es posible una vida comunitaria viva y unas relaciones nuevas. Esta novedad viene por el encuentro siempre vivo y concreto con quien es el origen de la fe, el centro de la comunidad eclesial y el Señor de la historia. El que se encuentra con Cristo queda referido a Él, a los otros y a la comunidad cristiana (cf. EG 8). El Papa Francisco insiste en que Cristo puede renovar la vida de cada cristiano y abrir caminos de renovación en la Iglesia y de conversión pastoral (cf. EG 11. 27).

Sin Cristo ninguna reforma eclesial es posible. Sólo desde el encuentro vivo con Él es pensable un proyecto de renovación eclesial y el trabajo en la renovación de nuestras relaciones. Él nos pone en relación con los demás y con la comunidad. Desde su amor y con su mirada cada uno puede lanzarse a vivir la fraternidad de forma real y concreta. Se hace necesario aprender a encontrarse con los demás, reconociendo en ellos a Jesús mismo, que nos habla, nos llama, nos ayuda y nos ama (cf. EG 91).

Las nuevas relaciones en Cristo pasan por la reconciliación. En ocasiones las relaciones están heridas por el individualismo, por los conflictos, por el pecado propio y ajeno. Las heridas requieren curación, los conflictos solución y los pecados reconciliación personal y comunitaria. La referencia a los demás y a la Iglesia que tiene lugar en el encuentro con Cristo

supone el trabajo personal para la edificación de relaciones nuevas y para la construcción de la comunidad eclesial. La fe lanza a cada cristiano a ello y Dios ofrece su compañía y su ayuda. Pero cada uno tiene su responsabilidad propia, que repercute en el conjunto de la comunidad. Así, la gracia de Dios, el empuje comunitario y la implicación de cada cristiano son elementos para dejar que Cristo genere unas relaciones renovadas.

Sugerencias para el diálogo:

- El Papa Francisco insiste en la denuncia del individualismo (EG 67. 92), que causa tristeza (EG 1), egoísmo y un relativismo práctico viviendo como si los demás no existieran (EG 80), consumismo espiritual (EG 89). ¿Cómo lo percibimos y qué retos nos plantea?
- “La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura” (EG 88). ¿Cómo es vivida la dimensión eclesial de la fe cristiana? ¿Qué relaciones habría que potenciar?
- En la exhortación se habla de “la mística del vivir juntos” (EG 87) y se invita a “optar por la fraternidad sin cansarnos” (EG 91). ¿Qué habría que cuidar y cultivar para vivir con más intensidad la fraternidad cristiana?

ENERO
JORNADAS DIOCESANAS

HORA INTERMEDIA

VI. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era. Aleluya.

Himno: Un mandamiento nuevo

UN MANDAMIENTO NUEVO NOS DIO EL SEÑOR:
QUE NOS AMÁRAMOS TODOS COMO ÉL NOS AMÓ
(BIS)

1. La señal de los cristianos es amarse como hermanos

2. El que no ama a sus hermanos miente si a Dios dice que ama

Salmodia

Ant. 1. Por la mañana proclamamos, Señor, tu misericordia y de noche tu fidelidad.

Salmo 91

I

Es bueno dar gracias al Señor
y tocar para tu nombre, oh Altísimo,
proclamar por la mañana tu misericordia
y de noche tu fidelidad,
con arpas de diez cuerdas y laúdes,
sobre arpegios de cítaras.

Tus acciones, Señor, son mi alegría,
y mi júbilo, las obras de tus manos.
¡Qué magníficas son tus obras, Señor,
qué profundos tus designios!
El ignorante no los entiende
ni el necio se da cuenta.

Aunque germinen como hierba los malvados
y florezcan los malhechores,
serán destruidos para siempre.
Tú, en cambio, Señor,
eres excelso por los siglos.

Ant. Por la mañana proclamamos, Señor, tu misericordia y de noche tu fidelidad.

Ant. 2. La senda del justo brilla como la aurora, se va esclareciendo hasta que es de día.

II

Porque tus enemigos, Señor, perecerán,
los malhechores serán dispersados;
pero a mí me das la fuerza de un búfalo
y me unges con aceite nuevo.
Mis ojos despreciarán a mis enemigos,
mis oídos escucharán su derrota.

El justo crecerá como una palmera,
se alzaré como un cedro del Líbano:
plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios;

en la vejez seguirá dando fruto
y estará lozano y frondoso,

para proclamar que el Señor es justo,
que en mi Roca no existe la maldad.

Ant. La senda del justo brilla como la aurora, se va esclariando hasta que es de día.

Ant. 3. El que come este pan vivirá para siempre.

Salmo 22

El Señor es mi Pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;

me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tu vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Ant. El que come este pan vivirá para siempre.

Lectura breve (Jn 8, 31-36)

Decía, pues, Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si os mantenéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.» Ellos le respondieron: «Nosotros somos descendencia de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haréis libres?» Jesús les respondió: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre; mientras el hijo se queda para siempre. Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres.

Texto de la *Evangelii Gaudium*

21. La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. Lc 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeñitos (cf. Lc 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los Apóstoles «cada uno en su propia lengua» (Hch 2,6) en Pentecostés. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: «Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido» (Mc 1,38). Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos.

22. La Palabra tiene en sí una potencialidad que no podemos predecir. El Evangelio habla de una semilla que, una vez

sembrada, crece por sí sola también cuando el agricultor duerme (cf. Mc 4,26-29). La Iglesia debe aceptar esa libertad inaferrable de la Palabra, que es eficaz a su manera, y de formas muy diversas que suelen superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas.

23. La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera». Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. Así se lo anuncia el ángel a los pastores de Belén: «No temáis, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo» (Lc 2,10). El Apocalipsis se refiere a «una Buena Noticia, la eterna, la que él debía anunciar a los habitantes de la tierra, a toda nación, familia, lengua y pueblo» (Ap 14,6).

Oración

Con gozo respondemos a la llamada
que en tu Hijo nos diriges
y alentados por la fuerza del Espíritu
te decimos confiados:
“Queremos hacer tu voluntad”.

Danos una mirada limpia, una inteligencia abierta
y un corazón ardiente para poder captar y comprender
el designio de amor que tienes sobre nuestra comunidad
y sobre la misión que nos has encomendado.

Advertimos las profundas y constantes exigencias,
las debilidades y las dificultades,
conviértelas en estímulo para la acción,
la caridad y el fulgor de nuestras vidas.

Aumenta en nosotros la generosidad y la esperanza
y ábrenos a las necesidades más urgentes
de los hombres.

Que acertemos a expresar en nuestra vida
el amor universal de Jesucristo,
su incondicional entrega y su donación radical.

Confirmanos en la verdad, danos sed de tu justicia
y haznos útiles instrumentos
para proclamar el Evangelio,
discerniendo en todo tiempo lo que te agrada,
lo bueno, lo que es justo
y lo que construye tu Reino entre los hombres.

Amén.

Padre nuestro

Oración conclusiva

Señor Jesucristo, que, por la salvación de los hombres, extendiste sus brazos en la cruz, haz que todas nuestras acciones te sean agradables y sirvan para manifestar al mundo tu re-dención. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Canto a la Virgen: Salve Regina

Salve, Regina, / Mater misericórdiae:
Vita, dulcedo, / spes nostra, salve.
Ad te clamamus, / éxsules, filli Hevae.
Ad te suspiramus, / gementes et flentes
in hac lacrimarum valle.
Eia ergo / Advocata nostra,
illos túos / misericordes óculos
ad nos converte. / Et Jesum,

benedictum fructum ventris tui,
nobis / post hoc exsiliium / ostende.
O Clemens. / O pia.
O dulcis / Virgo María.

**JORNADA DE ARCIPRESTAZGO PARA TRATAR TEMAS
PASTORALES A DETERMINAR POR CADA ARCIPRESTAZGO**

FEBRERO
HACIA UNA NUEVA VITALIDAD

HORA INTERMEDIA

Vl. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era.
Aleluya.

Himno (Tiempo Ordinario): Tu Palabra me da vida

TU PALABRA ME DA VIDA
CONFÍO EN TI, SEÑOR.
TU PALABRA ES ETERNA,
EN ELLA ESPERARÉ.

1. Dichoso el que con vida intachable
camina en la ley del Señor.
Dichoso el que guardando sus preceptos
lo busca de todo corazón.

TU PALABRA ME DA VIDA
CONFÍO EN TI, SEÑOR.
TU PALABRA ES ETERNA,
EN ELLA ESPERARÉ.

Himno: Peregrino (Cuaresma)

Peregrino, ¿a dónde vas?
Si no sabes a dónde ir...
Peregrino por un camino
que va a morir.

Si el desierto es un arenal,
el desierto de tu vivir,
¿quién te guía y te acompaña
en tu soledad?

SOLO ÉL, MI DIOS,
QUE ME DIO LA LIBERTAD,
SOLO ÉL, MI DIOS, ME GUIARÁ.

Peregrino que a veces vas
sin un rumbo en tu caminar,
Peregrino que vas cansado
de tanto andar.
Buscas fuentes para tu sed,
y un rincón para descansar,
¡vuelve, amigo!
que aquí en Egipto lo encontrarás.

Salmodia

Ant. 1 Tiempo ordinario. Da fianza, Señor, a favor de tu siervo.

Ant. Cuaresma Han llegado los días de penitencia; expíenos nuestros pecados y salvaremos nuestras almas.

Salmo 118, 121-128 XVI (Ain)

Practico la justicia y el derecho,
no me entregues a mis opresores;
da fianza a favor de tu siervo,
que no me opriman los insolentes;
mis ojos se consumen aguardando
tu salvación y tu promesa de justicia.

Trata con misericordia a tu siervo,
enséñame tus leyes;
yo soy tu siervo: dame inteligencia
y conoceré tus preceptos;
es hora de que actúes, Señor:
han quebrantado tu voluntad.

Yo amo tus mandatos
más que el oro purísimo;
por eso aprecio tus decretos
y detesto el camino de la mentira.

Ant. Tiempo ordinario Da fianza, Señor, a favor de tu siervo.

Ant. 2. Tiempo ordinario Contemplad al Señor y quedaréis radiantes.

Salmo 33

I

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.

Contempladlo y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que le temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada.

Ant. Tiempo ordinario Contemplad al Señor y quedaréis
radiantes.

Ant. 3. Tiempo ordinario El Señor está cerca de los atri-
bulados.

II

Venid, hijos, escuchadme:
os instruiré en el temor del Señor;
¿hay alguien que ame la vida
y desee días de prosperidad?

Guarda tu lengua del mal,
tus labios de la falsedad;
apártate del mal, obra el bien,
busca la paz y corre tras ella.

Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos escuchan sus gritos;
pero el Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.

Cuando uno grita el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias;
el Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.

Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo libra el Señor;
él cuida de todos sus huesos,
y ni uno sólo se quebrará.

La maldad da muerte al malvado,
y los que odian al justo serán castigados.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él

Ant. Tiempo ordinario El Señor está cerca de los atribu-
lados.

Ant. Cuaresma Han llegado los días de penitencia; expie-
mos nuestros pecados y salvaremos nuestras almas.

Lectura breve (Mt 28, 16-20)

Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verlo le adoraron; algunos sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»

Texto de la *Evangelii Gaudium*

No a la acedia egoísta

82. El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razo-

nable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. Esta acedia pastoral puede tener diversos orígenes. Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no vivir con ganas lo que buenamente podrían hacer. Otros, por no aceptar la costosa evolución de los procesos y querer que todo caiga del cielo. Otros, por apegarse a algunos proyectos o a sueños de éxitos imaginados por su vanidad. Otros, por perder el contacto real con el pueblo, en una despersonalización de la pastoral que lleva a prestar más atención a la organización que a las personas, y entonces les entusiasma más la «hoja de ruta» que la ruta misma. Otros caen en la acedia por no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida. El inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz.

83. Así se gesta la mayor amenaza, que «es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad». Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como «el máspreciado de los elixires del demonio». Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!

Oración

Con gozo respondemos a la llamada
que en tu Hijo nos diriges

y alentados por la fuerza del Espíritu
te decimos confiados:

“Queremos hacer tu voluntad”.

Danos una mirada limpia, una inteligencia abierta
y un corazón ardiente para poder captar y comprender
el designio de amor que tienes sobre nuestra comunidad
y sobre la misión que nos has encomendado.

Advertimos las profundas y constantes exigencias,
las debilidades y las dificultades,
convírtelas en estímulo para la acción,
la caridad y el fulgor de nuestras vidas.

Aumenta en nosotros la generosidad y la esperanza
y ábrenos a las necesidades más urgentes
de los hombres.

Que acertemos a expresar en nuestra vida
el amor universal de Jesucristo,
su incondicional entrega y su donación radical.

Confírmanos en la verdad, danos sed de tu justicia
y haznos útiles instrumentos
para proclamar el Evangelio,
discerniendo en todo tiempo lo que te agrada,
lo bueno, lo que es justo
y lo que construye tu Reino entre los hombres.

Amén

Padre nuestro

Oración conclusiva tiempo ordinario

Señor, Padre Santo, Dios fiel, que enviaste el Espíritu
Santo prometido, para que congregara a los hombres que el

pecado había disgregado, ayúdanos a ser, en medio del mundo, fermento de unidad y de paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Cuaresma

Te rogamos, Señor Dios nuestro, que tu gracia nos ayude, para que vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Canto a la Virgen: Magnificat

*Mi alma glorifica al Señor, mi Dios,
gózase mi espíritu en mi Salvador.
Él es mi alegría, es mi plenitud.
Él es todo para mí.*

Ha mirado la bajeza de su sierva,
muy dichosa me dirán todos los pueblos,
porque en mí ha hecho grandes maravillas
el que todo puede cuyo nombre es santo.

Su clemencia se derrama por los siglos
sobre aquellos que le temen y le aman;
desplegó el gran poder de su derecha,
dispersó a los que piensan que son algo.

HACIA UNA NUEVA VITALIDAD (EG 81-83)

D. Manuel Andrés Ferrero, SDB

“Algunos se resisten a probar hasta el fondo el gusto por la misión y quedan sumidos en una acedia paralizante” (EG 81).

“El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable” (EG 82). Consecuencia: los trabajos apostólicos cansan más de lo razonable. Cansancio tenso, pesado, insatisfecho (EG 82). El Papa enumera a continuación algunas causas de esta acedia pastoral.

Luego, cita a Ratzinger para describir lo que él considera el mayor riesgo: *“es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia, en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (Cfr. EG 83).*

Sigue el Papa: *“se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulce, sin esperanza, que se apodera del corazón” (EG 83).*

¿Para qué esforzarse si nada importante se va a conseguir? *“Tal actitud ¾afirma el Papa—... es una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta” (EG. 275).*

Las afirmaciones del Papa suscitan una pregunta: ¿Son ajustadas a la realidad, son certeras? Si no lo son, podemos seguir trabajando como hasta ahora, con mayor o menor fortuna, en las parroquias. Si lo son, nuestros planteamientos personales y pastorales deben cambiar.

Ahora bien, ¿dónde vamos a desarrollar esos planteamientos? ¿Dónde nos toca vivir?

1. ¿Qué ambiente, qué atmósfera respiramos?

Nuestra sociedad, presenta unos rasgos más o menos acentuados. Subrayo algunos:

- a) Desconfianza de lo tradicional, de aquí, la obsesión por el cambio, por lo provisorio; manipulación de la historia, informaciones tendenciosas (EG 34), dirigidas al desprestigio cultural y social de la Iglesia y del cristianismo; agresividad de grupos laicistas.
- b) Es profundamente secularista, con amplios sectores de población que viven fuera e incluso en contra de la Iglesia: es una sociedad paganizada, descristianizada.
- c) La cultura influyente es materialista, de la intrascendencia (espiritualidades sin Dios), refractaria al cristianismo, con formas “divertidas” de vida, consumista. Para esta cultura, el catolicismo es una antigualla, antidemocrático; por ello, muchos cristianos temen declararse como tales; otros, por opción o por conveniencias, han abandonado a la Iglesia y se han identificado con el laicismo; la fe, de otros muchos, se ha desinflado y es incapaz de influir en la propia vida.
- d) El pluralismo religioso y cultural ha cristalizado en un ambiente de relativismo en la verdad y en los valores, cuyo centro es la exaltación de una libertad ilimitada, sin conexión con la verdad y la realidad de las cosas (Cfr. *Donum Vitae*, nn. 18-20). La permisividad moral y la indiferencia religiosa han atrapado a numerosos cristianos.
- e) Esta cultura, en realidad, no soporta a Dios: afirmar su existencia choca contra la afirmación de la libertad, de la felicidad y del engrandecimiento del hombre. La importancia, pues, de la Iglesia debe disminuir en esta sociedad del nuevo humanismo laicista.

- f) El cristianismo es tolerado si acepta ser una actividad privada, un pasatiempo personal que no interviene para nada en la vida social, ni molesta al sistema.
- g) Buena parte de las familias, casadas por la Iglesia, no viven religiosamente; sus hijos, recibido un baño cristiano en la parroquia o en el colegio católico, dejan pronto la Iglesia; en cuanto entran en ambientes distintos a la familia o a la Iglesia, son ahogados por la cultura reinante, que asfixia su fe y favorece el indiferentismo. La exaltación del sexo, como juego y diversión, los aleja de la Iglesia y de todo sentimiento religioso. En su gran mayoría, viven, sin traumas, una cultura irreligiosa.

La celebración del matrimonio evidencia una decisión vital de bastante profundidad. Bien, pues crece el número de parejas “de hecho”, sin casarse, ni civil ni religiosamente; aumentan los matrimonios civiles.

Nuestros jóvenes, los fieles en general, han asumido unas convicciones que les dificultan vivir su fe, sintonizar con las enseñanzas doctrinales y morales de la Iglesia, sentirse seguros y orgullosos de seguir al Señor Jesús. Llevan una vida poco diferente de la vida de los que “no tienen esperanza”, y muy distante de la letra y del espíritu del Evangelio.

Este es, a grandes rasgos, el medio en que nos toca vivir nuestra fe. Ante este cuadro, nuestra actitud no puede ser la resignación, ni el abatimiento. El pesimismo no casa con el cristiano, tampoco la cobardía. Y una manera de cobardía es no afrontar la realidad y no llamar a las cosas por su nombre.

2. ¿Qué hacer?

Única respuesta: evangelizar, es decir, volver al Señor Jesús. El papa afirma: “*La Iglesia ha de llevar a Jesús: éste es el centro de la Iglesia, llevar a Jesús. Si alguna vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, esa sería una Iglesia muerta*” (Homi-

lía en Santa Marta, 23/10/14). “*Él puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y sorprendernos con su constante creatividad divina*“(EG 11).

No se trata de una simple adaptación de la Iglesia al hoy, necesaria, por otra parte; sino volver al origen y a la fuente de la Iglesia. Sólo Él justifica su presencia en la historia y en el mundo. Esta conversión hará posible la adaptación de la Iglesia.

Nuestra Iglesia, nosotros, necesitamos volver a lo esencial, a las raíces. Volver a Jesús es introducir reformas, pero sobre todo convertirnos a su Espíritu. El mismo papa lo ha dicho: “*Algunos esperan y me piden reformas en la Iglesia, y debe haberlas. Pero antes es necesario un cambio de actitudes*”: retomar su Proyecto (Reino de Dios) como el objetivo fundamental de cada comunidad cristiana, la compasión como principio, esfuerzos sinceros en hacer una Iglesia pobre y de los pobres, sin miedo a salir al extrarradio.

Convertirse a Jesús es vivir una relación con Él de más calidad, es reavivar nuestra relación con Él. Dejarnos atrapar por su Persona, por el Dios vivo, encarnado en Él. No basta que nos apasione una causa, un ideal, una misión.

El ser y la vocación del cristiano exige el encuentro personal con el Señor Jesús. Toda vocación se basa en ese “Maestro, ¿dónde vives? Ven y verás...” (Cfr Jn 1, 38-39). A mayor profundidad en el encuentro, mayor calidad en nuestra misión. A mayor intimidad con el Maestro, mejores discípulos y seguidores suyos.

Dejarnos seducir por Jesús, el Señor, es mirar el mundo, la vida, a las personas con su compasión; es escuchar, como Él, el sufrimiento de las personas; es sintonizar con el amor, el perdón y la ternura de Jesús.

La evangelización supone una renovación espiritual de todos los implicados en ella. Personas e instituciones somos llamados a ser más evangélicos, más sencillos, más cercanos a las palabras y a los ejemplos de Jesús. El seguimiento de Jesús

nos dará las palabras y los acentos para ayudar a nuestros destinatarios a encontrarse con Dios Padre.

Si queremos anunciar seriamente el Reino de Dios necesitamos vivir primero con Jesús y como Jesús. Él ora de noche y predica de día, su vida es un esfuerzo permanente para unir los dos polos: Dios y los hombres. Su forma de vivir, sus caminatas, su pobreza personal, sus palabras y sus gestos, sus éxitos y sus fracasos van todos en esa dirección. Su vida es un desviarse por la misión, en amor y obediencia al Padre, en entrega al bien de sus compatriotas.

El enviado es antes discípulo, seguidor, identificado del todo con Jesús en su pensar y vivir. La evangelización es obra de discípulos fieles, entusiasmados con la persona y el mensaje de Jesús, desprendidos, libres de consideraciones humanas, arrebatados por el Espíritu de Jesús, dispuestos literalmente a dar la vida por el Evangelio. La Evangelización es obra de santos y de mártires.

“*Lo que verdaderamente importa es que el predicador tenga relación viva con la Sagrada Escritura, con Cristo vivo a través de la Palabra y que, al mismo tiempo, sea un hombre que esté y viva en nuestro tiempo, que no huya de él, que reelabore interiormente la fe. Entonces, si logra expresarla verdaderamente desde el fondo de su alma, el nuevo tono saldrá necesariamente*” (Cardenal Ratzinger).

Dios Padre nos llama a vivir la fe con todas sus consecuencias; Dios Padre nos llama a la conversión, a una movilización misionera bien pensada y bien realizada.

No podemos resignarnos a dejarnos vencer por el laicismo, la indiferencia, la pasividad. Dios Padre nos está pidiendo una reacción fuerte: de conversión, de responsabilidad, de autenticidad, de convencimiento, de rebeldía contra el mal. La reacción de los apóstoles y de los santos misioneros. Obispo, sacerdotes, consagrados, laicos... somos llamados a reaccionar, sin miedos, sin concesiones, sin vacilaciones... Nuestro testimonio paciente y creíble puede interrogar a las personas de

buen corazón, que viven lejos de la fe y aprisionados por la cultura dominante.

“Lo que fascina es, sobre todo, el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él” (Benedicto XVI).

Resumiendo: para evangelizar necesitamos estar identificados con Jesús el Señor, con su relación filial con el Padre, con su fidelidad, con su amor compasivo por todos los hombres, por su pasión por la vida de las personas. *“La misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo”* (EG. 268).

Esta identificación se muestra en la oración, en el estudio-reflexión, en el amor a los pobres, en la disponibilidad eclesial, en la diligencia para entregar nuestro tiempo y nuestras energías al servicio del Reino de Dios y de la salvación de nuestros hermanos. Nos sabemos discípulos misioneros del Señor Jesús para la vida de nuestros hermanos.

3. Posibles ejes de trabajo en nuestra diócesis

Me parece que podrían valer nos estas pistas de trabajo:

a) *Experiencia cristiana.* Los cristianos deben tener la posibilidad de encontrarse personalmente con el Señor Jesús y que los transforme en sus discípulos y seguidores apasionados, viviendo en comunidades de discípulos misioneros, centrados en Él, Maestro y Pastor (DA 368).

“Invito a cada cristiano... a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (EG 3).

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello,

una orientación decisiva” (Deus caritas est, 217). Ésta es la fuente de la evangelización.

b) *Vivir la comunión eclesial.* La diócesis se convierte en la unidad pastoral para evangelizar. Por tanto, se da una conversión a la Iglesia particular. Sólo así, la pastoral será orgánica y participativa.

La eclesialidad entra en nuestra identidad. La fe, la vida, nuestro ministerio, así como la vida y el compromiso misionero de los laicos, de los consagrados son realidades esencialmente eclesiales, comunitarias, y es preciso vivirlas así.

La comunión cordial y sincera del presbiterio con el obispo (EG 33), de éstos entre sí, de los laicos y de los consagrados, vivida como fidelidad personal y exigencia misionera, caracteriza la espiritualidad y la vida de todo agente de evangelización.

Ni la rigidez ni la disgregación son católicas; sólo lo es la unidad profunda, capaz de integrar todo lo humano. Si queremos convencer, necesitamos perfiles claros, afirmaciones pastorales seguras y propuestas de vida sencillas y concretas, sin titubeos ni divisiones, sin personalismos, ni contradicciones (Cf. EG 100, 131 y 98).

La comunión interna y externa no son fruto de una autoridad rigurosa, por supuesto, sino fruto del amor, de la responsabilidad, de la fidelidad de cada uno. La Eucaristía dominical juega un papel básico como fuente de verdad y de unidad.

El lugar más inmediato para vivir esa comunión será una comunidad cristiana, donde cada fiel se sienta acogido, valorado y corresponsable de su desarrollo.

c) *Formación bíblico-doctrinal.* Además de una sólida experiencia cristiana y de una convencida comunión eclesial, los fieles necesitan conocer la Palabra de Dios y los contenidos de la fe. No como un conocimiento puramente teórico y frío, sino como una herramienta clave e indispensable en la maduración de su experiencia religiosa.

“Es condición indispensable - afirma Benedicto XVI - el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida (Cfr. Jn 6, 63). De lo contrario, ¿cómo van anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios” (DI 3).

“Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG11. Cfr. EG175).

d) Compromiso misionero de toda la Comunidad diocesana. Los discípulos y seguidores de Jesús, el Señor, somos sus misioneros por el Bautismo y la Confirmación. Estamos dispuestos a anunciarlo, donde no se lo acepta, con nuestra vida, con nuestro trabajo, con nuestra profesión de fe y con su Palabra (DA 377).

La alegría y gratitud que produce el saberse de Cristo, nos lleva a comunicar a todos el don de ese encuentro.

Benedicto XVI nos lo recuerda: *“El discípulo... se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (Cf. Hch 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro” (DI 3).*

Cada comunidad cristiana, cada parroquia, cada comunidad educativa, cada comunidad de vida consagrada, cada asociación, cada cofradía, cada movimiento se insertarán en el proyecto: sólo así será eficiente.

Nuestra Iglesia necesita la audacia y el entusiasmo, obra de Espíritu, para anunciar, para gritar a Jesucristo con la propia vida.

Conclusión. Jesús es el “tesoro”, la “perla” que necesitamos descubrir cada día más. Nuestros contemporáneos tienen profunda nostalgia de Él, aunque parezcan ignorarlo o incluso rechazarlo. A nosotros se nos ha confiado esta responsabilidad, que sólo podremos realizar siendo asiduos en la escucha de la Palabra de Dios, en la comunión; en la escucha del hombre de hoy, en el diálogo con él y en la propuesta de la fe a ese hombre concreto.

Para la reflexión

- Consecuencias para nuestra parroquia del alejamiento de la práctica religiosa, de la ausencia de las nuevas generaciones.
- ¿Experimentamos en nuestra parroquia la necesidad urgente de volver a Jesús, el Señor, para centrarnos más en Él y en su Proyecto? ¿Dónde vemos más necesidad de verdad y fidelidad a Jesús en nuestra parroquia?
- ¿Qué pensamos de las pistas de trabajo para un posible Proyecto diocesano? ¿Podemos añadir otras?

MARZO
SUPERAR LA MUNDANIDAD

HORA INTERMEDIA

Vl. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era.
Aleluya.

Himno: Dios es fiel.

Dios es fiel: guarda siempre su Alianza;
libra al pueblo de toda esclavitud.
Su palabra resuena en los profetas
reclamando el bien y la virtud.

Pueblo en marcha por el desierto ardiente:
horizontes de paz y libertad.
Asamblea de Dios, eterna fiesta;
tierra nueva, perenne heredad.

Si al mirar hacia atrás somos tentados
de volver al Egipto seductor,
el Espíritu empuja con su fuerza
a avanzar por la vía del amor.

El maná es un don que el cielo envía,
pero el pan hoy se cuece con sudor.
Leche y miel nos dará la tierra nueva,
si el trabajo es fecundo y redentor.

Y Jesús nos dará en el Calvario
su lección: “Hágase tu voluntad”.

Y su sangre, vertida por nosotros,
será el precio de nuestra libertad.

Salmodia

Ant. Han llegado los días de penitencia; expiemos nuestros pecados y salvaremos nuestras almas.

Salmo 102

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
el rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura;
el sacia de bienes tus anhelos,
y como un águila
se renueva tu juventud.

El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.
El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen
nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

Como un padre
siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él conoce nuestra masa,
se acuerda de que somos barro.

Los días del hombre
duran lo que la hierba,
florece como flor del campo,
que el viento la roza, y ya no existe,
su terreno no volverá a verla.

Pero la misericordia del Señor
dura siempre,
su justicia pasa de hijos a nietos:
para los que guardan la alianza
y recitan y cumplen sus mandatos.

El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.
benedicid al Señor, ángeles suyos,
poderosos ejecutores de sus órdenes,
prontos a la voz de su palabra.

Benedicid al Señor, ejércitos suyos,
servidores que cumplís sus deseos.
Benedicid al Señor, todas sus obras,
en todo lugar de su imperio.

¡Bendice, alma mía, al Señor!

Salmo 22

El Señor es mi Pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;

me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tu vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Salmo 132

Ved qué dulzura, qué delicia,
convivir los hermanos unidos.

Es ungüento precioso en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón,
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón, que va bajando
sobre el monte Sión.

Porque allí manda el Señor la bendición:
la vida para siempre.

Ant. Han llegado los días de penitencia; expiemos nuestros pecados y salvaremos nuestras almas.

Lectura breve (Jn 17, 11-18)

Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo.

Texto de la *Evangelii Gaudium*

No a la mundanidad espiritual

95. Esta oscura mundanidad se manifiesta en muchas actitudes aparentemente opuestas pero con la misma pretensión de «dominar el espacio de la Iglesia». En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. En otros, la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fasci-

nación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. También puede traducirse en diversas formas de mostrarse a sí mismo en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones. O bien se despliega en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización. En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica.

97. Quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!

Oración

En el camino de la vida,
tú eres compañero.

Canto a la Virgen: Madre de los creyentes.

*Madre de los creyentes
que siempre fuiste fiel
danos tu confianza,
danos tu fe. (bis)*

1. Pasaste por el mundo en medio de tinieblas
sintiendo a cada paso la noche de la fe,
sintiendo cada día la espada del silencio
a oscuras padeciste el riesgo de creer.

2. Guardaste bajo llave las dudas y batallas,
formándose el misterio al pie del corazón,
debajo de tu pecho de amor inagotable
la historia se escribía de nuestra redención.

En el camino de la vida,
tú eres Camino, Verdad y Vida.
En el camino de la vida,
he aprendido, Señor,
que tú no tienes sentido
entre los hombres y mujeres de hoy
si no eres un Dios de vida
y si no eres un Dios metido en la trama de la vida.

Queremos vivir
y sentimos nuestra vida amenazada.
Queremos vivir
y sentimos la fragilidad de nuestra existencia.
Queremos vivir
y palpamos la inseguridad de nuestro ser.

¡Señor de vida!,
alcánzanos en el camino de la vida
y danos tu Vida
para que rompamos los miedos,
descubramos las raíces que no fallan,
sentamos que Tú eres Señor y Dador de Vida.

Amén.

Padre nuestro

Oración conclusiva

Señor, tú que eres la vida de los fieles, la gloria de los humildes y la felicidad de los santos, escucha nuestras súplicas y sacia con la abundancia de tus dones a los que tienen sed de tus promesas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

D. Agustín Montalvo Fernández

1. Mundo, secularidad, mundanidad

Hace mucho tiempo, visitando quien esto escribe a una comunidad contemplativa, una de las hermanas dijo “cuando yo estaba en el mundo”, lo que motivó una pregunta por mi parte: “y ahora, hermana, ¿dónde está? ¿en el cielo? La monja se quedó desconcertada. Sirva esta anécdota como punto de partida para el tema que nos ocupa referido a la mundanidad.

El término *mundanidad* es definido por la RAE como “cualidad de lo mundano”, y *mundano*, a su vez, en su primera acepción, como “perteneciente o relativo al mundo”. Por lo que debemos partir del concepto fundamental: el *mundo*. Pero nos encontramos con que el término mundo tiene gran variedad de significados. En la misma Sagrada Escritura mundo es una palabra equívoca de contenido diferente y valoración contraria según el lugar en el que se utilice. Así mundo es la obra salida de la Palabra del Creador, que era buena (Gén 1); o se refiere al conjunto de los seres humanos en su ambiente histórico y cultural, que es amado por Dios hasta el punto de enviar a su Hijo (Jn 3, 16); o bien indica una realidad pecaminosa opuesta al proyecto divino (1Jn 2, 16). El mundo es bueno en cuanto obra de Dios y es malo si se refiere a cuanto lo rechaza. Por tanto, mundano y mundanidad, por su propio significado semántico, son términos neutros y podríamos hablar de una mundanidad positiva y otra negativa según el sentido que diéramos al término mundo del cual procede.

Como en tantas ocasiones, es necesario acordar el sentido que damos a las palabras más allá de su propio contenido semántico. Convencionalmente se utiliza el término *secularidad*

para referirse a la cualidad inherente a la Iglesia (laicos, sacerdotes o religiosos) por la que esta se sitúa dentro de este mundo y se relaciona con él. Aunque el concilio Vaticano II no utiliza este término, el significado se halla ampliamente presente en sus documentos, especialmente en *Gaudium et Spes* y *Apostolicam Actuositatem*. La doctrina postconciliar lo irá desarrollando progresivamente: “*La Iglesia tiene una auténtica dimensión secular inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo encarnado, y se realiza en formas diversas en todos sus miembros*”. (ChL 15, citando textualmente a Pablo VI). Empleamos, en cambio, *mundanidad* para indicar una forma de vida poco evangélica, contagiada por el mundo en cuanto no acorde u opuesto a los planes de Dios.

En esta misma línea es necesario entender correctamente, para poder vivirla con autenticidad, la frase extraída de la oración sacerdotal del Maestro en su despedida, que el cuarto evangelio nos trasmite: “*estar en el mundo sin ser del mundo*”. No pocas veces entre los sacerdotes y consagrados parecemos interpretarla en su sentido contrario: no *estando* en el mundo, pareciendo especímenes raros en la sociedad, pero *siendo* del mundo, porque comulgamos con los antivalores que vuelven a nuestro mundo injusto, insolidario y deshumanizado.

2. Estar en el mundo

Solo desde la presencia en el mundo es posible “primear”, “involucrarse”, “acompañar”, “fructificar” y “festejar”, en el sentido en que señala estas actitudes la *Evangelii Gaudium*. Nos guste o no nos guste no podemos salirnos de él. El dicho del humorista “Que paren este mundo que me apeo” no deja de ser una frase ingeniosa y en muchas ocasiones hipócrita. Desde la época de los padres del desierto y especialmente en la Edad Media se utilizaron dos expresiones que indicaban actitudes motivadoras de una forma de vida: “*Fuga*

mundi” y “*Contemptus mundi*”. Correctamente entendidas y vividas han dado lugar a testimonios magníficos de santidad, pero corren el riesgo de ser malinterpretadas y llevar a generar formas de vida no acordes con la misión de la Iglesia, que es la evangelización, que no puede realizarse fuera del camino elegido por el primer evangelizador: la encarnación.

“*Tanto amó Dios al mundo...*” (Jn 3, 16) “*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Jn 1, 14a). Este hacerse carne por parte del Hijo de Dios significa que ya no podemos pensar cristianamente a Dios al margen del mundo, de la historia y de los hombres. La carne de Dios se ha convertido en el quicio de la salvación. “*Caro est cardo salutis*” (Tertuliano). Toda la vida de Jesús de Nazaret, sus gestos, sus palabras, sus compromisos... hasta su muerte, constituyen la auténtica prueba del innegable compromiso de Dios con la historia para quien no sea sospechoso de neoarrianismo o de neodocetismo. Especialmente significativo es el hecho de las parábolas, sacadas de la vida real del pueblo y que no son únicamente recursos didácticos de un buen pedagogo, sino signos de que el reino se expresa y se realiza en la vida cotidiana de los hombres. La Carta a los Hebreos afirma con toda claridad la implicación real del Hijo de Dios en la historia de sus hermanos los hombres (Hb 2, 17; 4, 15-16). Puesto que está hablando del sacerdocio del Nuevo Testamento que Él ha inaugurado, las palabras adquieren significado programático para quienes en la historia posterior serán constituidos sus representantes, los presbíteros.

La encarnación en la vida de los hombres es, pues, la actualización práctica de la secularidad. “*Secularidad implica vivir desde la dinámica de la encarnación, pues la Palabra de Dios no es una palabra abstracta, sino que se concreta y hace historia asumiendo la expresión y el lenguaje del hombre en unas determinadas coordenadas espacio-temporales y culturales. Ninguna espiritualidad cristiana se puede vivir al margen de la historia y sus mediaciones culturales, porque el Espíritu*

de Dios actúa en el espíritu encarnado del hombre. De ahí que la espiritualidad del presbítero esté marcada por la secularidad, conformando y marcando esencialmente su espiritualidad. Integrar la cultura de hoy en la propia vida no es cuestión de moda o de acomodación al espíritu del mundo; es cuestión de fidelidad a la propia vocación y a las determinaciones de la propia identidad como signo sacramental. (F. Valera).

Estar en el mundo significa asumir el mundo visible creado por Dios como lugar de actuación, significa también asumir la propia misión y comprometerse en el verdadero desarrollo integral de los hombres, implica igualmente evangelizar la cultura y las culturas (EN 20)... y esto solo puede hacerse desde dentro. “*A imitación del Señor Jesús los presbíteros moran con los demás hombres como hermanos*” (PO 3). Frente a la huida o el desprecio del mundo los cristianos y los presbíteros tienen que profesarle un profundo amor, pues si Jesucristo lo salva es porque lo ama intensamente, y porque al igual que no se puede educar sin amar a los educandos, tampoco es posible evangelizar sin tener esta misma actitud hacia los hombres.

Es verdad que el pecado hace estragos, pero no es menos verdad que existen en nuestra sociedad multitud de elementos positivos que manifiestan implícita o explícitamente una necesidad y una búsqueda de Dios (PDV 6). El mundo, en definitiva, es nuestro hogar, el lugar donde estamos, mas no se trata de un estar pasivo, porque no queda otro remedio, sino de un estar dinámico. Con la dinámica de la encarnación: la kénosis y la elevación, estamos siguiendo los pasos del Señor “*Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús*” (Flp 2).

3. Sin ser del mundo

Junto con los elementos positivos a los que acabamos de aludir existen también en el mundo una multitud de realidades

negativas que oscurecen y que contradicen el plan de Dios (PDV 7). Este es el mundo que el catecismo de Astete definía como “los hombres mundanos, malos y perversos” y que la Carta 1ª de Juan concreta como “*los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza humana*” (1Jn 2, 16) y al que nos aconseja odiar. Por eso nuestra presencia en el ámbito del mundo en su sentido pleno, tan complejo y contradictorio, no solo ha de ser dinámica sino también crítica, en una continua labor de prueba y de discernimiento, para lo que es necesario no perder nunca la propia identidad.

San Pablo recomendaba a los cristianos que no se acomodaran a los criterios de este mundo (Rom 12, 2). Eso significa *no ser del mundo*, no compartir sino rechazar todo aquello que está en oposición al plan de Dios, que pervierte el fin auténtico del hombre, que degrada la imagen de Dios que radicalmente somos y que por nuestra condición estamos llamados a manifestar, y que deforma el rostro de Cristo, Cabeza y Pastor de su Iglesia, que por el sacramento del Orden necesitamos transparentar.

Así como *estar* haría referencia a algo extrínseco, la situación o el ámbito, *ser* se refiere más a lo interno de la persona, a su constitución, a la propia personalidad, a la mentalidad, lo que indudablemente se muestra al exterior a través de la forma de actuar. Por eso quien no es del mundo trata de pensar y de sentir según lo que ha sido constituido: imagen de Cristo por el Bautismo o por el sacramento del Orden, y su modo de vivir de alguna manera se presentará como alternativa a lo que ese mundo negativo ofrece. Ese mundo lo sentirá como un cuerpo extraño y tratará de asimilarlo o de eliminarlo (Jn 15, 18-25). Así sucedió a los profetas y esa misma fue la situación de Jesús de Nazaret.

Ya en el siglo II la Carta a Diogneto define a los cristianos como “*hombres que habitan en sus propias patrias pero como extranjeros; participan en todo como los ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña les es patria y*

toda patria les es extraña” (Diogn V) “*Lo que el alma es en el cuerpo eso son los cristianos en el mundo*”(…) “*así los cristianos habitan en el mundo pero no son del mundo*” (Diogn VI). “*Su manera de ser extranjeros es escatológica, no ontológica*, - comenta R. Cantalamessa - *es decir, el cristiano se siente extranjero por vocación, no por naturaleza*”. No sin razón en la liturgia y en los tratados de espiritualidad se califica a los cristianos como “peregrinos”. (cfr Flp 3, 20, Hb 13, 14).

Por tanto, la vida de los cristianos, y con mayor razón la de los presbíteros, es una vida en continua tensión entre el *estar* con verdad y responsabilidad, y el *no ser*, igualmente con verdad y valentía, empresa siempre difícil porque los poderes de este mundo son fuertes y sagaces (Lc 16, 8) y porque, además, la naturaleza humana, aunque redimida, está tocada por el pecado y es débil ante los atractivos mundanos. Es necesario evitar dos extremos igualmente perniciosos: por una parte el alejamiento o la ausencia del mundo y el encerramiento en sí mismos o en el propio grupo “familiar”, signos de una especie de misantropía que vuelve a quienes así se comportan insignificantes o despreciables para los demás, o, por el otro extremo la integración acrítica que, cuando menos, despersonaliza, además de impedir hacer presente con la vida y con la palabra al Señor a quien se re-presenta, y poder denunciar una forma de vida vacía y sin sentido.

4. Algunas formas concretas de mundanidad

Los aspectos en los que el mundo se muestra opuesto o no acorde con el plan de Dios son muy numerosos, la mundanidad no es, pues, una realidad bien delimitada y concreta. Muchas de las formas en las que se manifiesta son evidentemente groseras y provocan rechazo por parte de conciencias medianamente formadas y con alguna sensibilidad evangélica, pero existen otras que sintonizan con tendencias o apetencias personales, que son fácilmente justificables, que están extendidas

masivamente hasta ser estadísticamente normales, que entran dentro de lo que suele llamarse “políticamente correcto” y que se asimilan inconscientemente. Son también numerosas estas formas que pueden contagiar la vida y el ministerio de los presbíteros. Vamos, no obstante, a aproximarnos a unas pocas que insensiblemente los contagian y sobre las que algunos documentos eclesiales llaman la atención. Insistentemente el Papa Francisco en sus homilías y en sus alocuciones advierte a los sacerdotes sobre los riesgos de asimilación al estilo de vida mundano.

Consumismo

Al consumismo se le define como “Tendencia al consumo excesivo e innecesario de bienes y productos”. Se halla asociado con frecuencia al afán de poseer y de acaparar, y ambos están en el origen de los desequilibrios salvajes en nuestro mundo, que la Iglesia ha denunciado con valentía especialmente a través de los documentos de su magisterio, el último la “Evangelii Gaudium” en su capítulo II. Es una actitud con enorme atractivo, que se extiende fácilmente y que se convierte en ideal de vida al que los jóvenes se adhieren con suma facilidad (PDV 8). Con frecuencia los sacerdotes predicamos contra este mal de nuestro tiempo, especialmente presente en las sociedades capitalistas donde ha tenido su origen, y conscientemente lo rechazamos, sobre todo en sus manifestaciones más burdas. Pero también con frecuencia nos dejamos influir insensiblemente por sus atractivos y no nos libramos de sus redes. El concilio Vaticano II invita a los presbíteros a vivir la pobreza voluntaria como coherencia con el ministerio y como revulsivo ante un mundo materializado. El n° 17 de “Presbyterorum Ordinis” es claro y motivador a este respecto: *”Siéntanse invitados a abrazar la pobreza voluntaria para asemejarse más claramente a Cristo y estar más dispuestos para el ministerio sagrado”*.

Partimos de una valoración positiva de los bienes como don de Dios y de las conquistas de la industria humana para hacer más fácil la vida de los hombres. Son necesarios para el propio desarrollo humano y para realizar la misión evangelizadora de la Iglesia, pero es preciso situarse ante ellos con una libertad que propicie *“la necesaria docilidad para oír la voz divina en la vida ordinaria. De esta libertad y docilidad emana la discreción espiritual con que se halla la recta postura frente al mundo y los bienes terrenos”* (...) *Los presbíteros, y lo mismo los obispos, mucho más que los restantes discípulos de Cristo, eviten cuanto pueda alejar de alguna forma a los pobres, desterrando de su casa toda clase de vanidad. Dispongan su morada de forma que a nadie esté cerrada y que nadie, incluso el más pobre, recele frecuentarla”*. (PO 17). Evidentemente estas frases son susceptibles de interpretaciones variadas y los límites son imposibles de señalar, pero sí significan una llamada de atención sincera a la hora de examinar los signos externos del nivel de vida de los ministros (coche, casa, vestido, tecnologías...).

Especial atención merecen las llamadas nuevas tecnologías. Nadie duda de la conveniencia de utilizar los medios que la ciencia y la técnica ofrecen para hacer llegar el mensaje cristiano a los hombres de hoy, La evangelización no puede caminar al margen de los medios que hoy utiliza la comunicación humana (cosa muy distinta es el cómo). El Vaticano II dedica a este tema uno de sus documentos (uno de los primeros aprobados) que los reconoce y los recomienda (IM 1). Pero no puede olvidarse que no son nada más (ni tampoco nada menos) que eso: medios, instrumentos que no pueden ni deben absolutizarse. Es útil a este respecto recordar el pasaje de David y Goliat (1Sam 17). Parece evidente que hoy las nuevas tecnologías, las redes sociales, etc. son para buena parte de la sociedad, especialmente juvenil, una especie de ídolo dominador que crea adicción. ¿No corremos el peligro de dejarnos atrapar por sus indudables atractivos y por la necesidad de

“estar a la última”? El Papa Francisco suele ser muy explícito en estos temas cuando se dirige a los sacerdotes, a los seminaristas y a los frailes y monjas.

Funcionalismo y funcionarismo

Indicaría una tendencia a convertir el ministerio en algo similar a una agencia de servicios, y a los ministros en meros funcionarios para estos servicios, como ocurre en la sociedad civil. Es clarificador el n° 55 del último “Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros”: *“Hoy día la caridad pastoral corre el riesgo de ser vaciada de su significado por el llamado funcionalismo. De hecho, no es raro percibir en algunos sacerdotes la influencia de una mentalidad que equivocadamente tiende a reducir el sacerdocio ministerial a los aspectos funcionales. ‘Hacer’ de sacerdote, desempeñar determinados servicios y garantizar algunas prestaciones comprendería toda la existencia sacerdotal. Pero el sacerdote no ejerce solo un ‘trabajo’ y después está libre para dedicarse a sí mismo: el riesgo de esta concepción reduccionista de la identidad y del ministerio sacerdotal es que lo impulse hacia un vacío que, con frecuencia, se llena de formas no conformes al propio ministerio”*.

El riesgo de funcionalismo se hace especialmente preocupante en la situación actual de escasez de sacerdotes que obliga a tener que atender a numerosas comunidades. Pero no es menos preocupante el peligro de separar ministerio y vida, entendiendo el ministerio como un oficio que hay que realizar a tiempo parcial a imitación de los funcionarios civiles. Esto indicaría el término *funcionarismo*. Existe una no pequeña diferencia entre el ministerio sacerdotal y las profesiones civiles. Aunque el ideal sería que ambas fueran vocacionales, en el ámbito de lo civil la vida del profesional no se identifica con su tarea, que está limitada por horarios y que se estructura en una escala de categorías a las que corresponden privilegios y emolumentos diferentes. En los presbíteros ministerio y vida son

inseparables: el sacramento del Orden configura al ministro con Jesucristo Cabeza y Pastor de su Iglesia para toda la vida y en todos sus momentos, y no solo para un tiempo y un horario determinados. (Cfr PDV 24 y 25). Es un “carisma de totalidad” que afecta a todas las dimensiones de su vida. *“Es verdad que el obrero merece su salario (Lc 10, 7)...pero también es verdad que este derecho del apóstol no puede absolutamente confundirse con una especie de pretensión de someter el servicio del evangelio y de la Iglesia a las ventajas e intereses que del mismo puedan derivarse”* (PDV 30).

En este apartado puede incluirse el **carrerismo** tan frecuentemente denostado por el actual Obispo de Roma. La historia de los ministros ordenados no ha estado nunca libre de esta debilidad, ni siquiera actualmente lo sigue estando. En las estructuras civiles esto es normal y puede estar justificado, pero en la Iglesia los criterios deberían ser otros (Mt 20, 25-27).

Criticar el funcionarismo como asimilación a meros funcionarios civiles no significa que los presbíteros no deban ser buenos profesionales, es decir, personas que realizan con competencia, dedicación y generosidad la misión que tienen encomendada. La buena voluntad, aunque necesaria, no es suficiente, ni tampoco la imprescindible confianza en la gracia. La “chapuza”, propia de malos profesionales, no es admisible en los servidores de la Iglesia. *“Conjugar armoniosamente la radical confianza en la gracia, de una parte, y el deber de la competencia, de otra, es una obligación difícil, pero necesaria, que hoy se impone con claridad al presbítero. Como por lo demás, a todo cristiano”* (S. Dianich).

Aseglaramiento

“Estar en el mundo” es una realidad para todo cristiano, pero cada uno lo hace de acuerdo con su propia vocación y misión: el laico como laico y el consagrado como consagrado. El

texto de Hb 5,1 “*Todo sumo sacerdote es tomado (assumptus) de entre los hombres*” con frecuencia ha sido interpretado como una extracción para crear una clase especial, como sucedía en el Antiguo Testamento, de separados de los hombres, y se elaboró toda una mística (hoy como mínimo discutible) en torno a esta segregación. En el pasado siglo ya aparecieron desacuerdos con esta interpretación, pero fue en el inmediato postconcilio cuando se hizo patente una reacción efectiva frente a ella y motivó con frecuencia un planteamiento ideológico, reflexionado e incluso sincero y apostólico por el que se llegó en muchos casos a hacer desaparecer toda diferencia entre laicos y presbíteros en cuanto a forma de vida, trabajo, diversiones, etc. Entre seculares y sacerdotes – se pensaba – no existe otra diferencia que la de la función. En etapas posteriores se eliminó el planteamiento reflexivo y se actuó con frecuencia por inercia. Aunque el razonamiento sea demasiado simplista porque en la situación influyeron otras variables, es innegable que esta identificación llevó consigo un proceso de aseglaramiento y de secularizaciones.

Los posicionamientos entre el pueblo ante este tema son diversos y contrapuestos, casi siempre sin muchas razones, sino por intuiciones, por sensibilidades, por ideología o por simpatías. En algunos casos la aprobación, incluso el aplauso, de este aseglaramiento puede significar una justificación inconsciente de la propia vida cuando el comportamiento no es coherente ni para los laicos. Algo sí es claro: el sacramento del Orden configura al presbítero con Cristo como Cabeza y Pastor de la Iglesia, y ello afecta a su persona y a su vida, a lo que debe añadirse la peculiaridad del celibato, y esto sin duda tiene que mostrarse en su estilo de vida. ¿De qué forma? ¿En qué aspectos? En definitiva ¿Cómo estar en el mundo sin ser una “casta”? Evidentemente las sensibilidades son diversas y no será fácil ponerse de acuerdo.

5. Mundanidad espiritual (eg 93-97)

Con esta expresión el Papa Francisco se refiere a actitudes “mundanas” solapadas por una apariencia espiritual, que incluye en una que se halla presente en todas: “*buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal*”. Afectan a toda la Iglesia, tanto a laicos como a consagrados y pastores.

a) Hace referencia, en primer lugar, a una actitud que califica como “*fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo*”. Lo válido para quienes ahí se sitúan son sus propios sentimientos e intuiciones que dirigen su comportamiento y su religiosidad. Es cierto que la fe ha de personalizarse, pero no es creada por los sujetos sino recibida por una tradición que se remonta veinte siglos. Se trataría de un neomodernismo. Son el evangelio y la tradición de la Iglesia quienes ofrecen las verdades de la fe y el obrar cristiano.

b) Otra expresión de esta mundanidad estaría representada por los eternos teóricos, que imaginan proyectos utópicos o más o menos realizables pero parecen olvidar que la evangelización se ha hecho posible a lo largo de la historia a través del esfuerzo, el sacrificio y la entrega de multitud de hombres y mujeres movidos por su fe, entre los cuales no suelen estar, o al menos no con mucho entusiasmo, esos a quienes el Papa denomina “*habriaqueístas*”. Es claro que siempre, pero hoy más que nunca, se necesitan proyectos serios y razonables, no se puede caminar guiados únicamente por intuiciones animadas por la siempre imprescindible buena voluntad, pero también siempre hace falta la dedicación y el trabajo del día a día que, con la fuerza del Espíritu Santo, los vaya haciendo operativos.

c) Denuncia también la Exhortación el “*neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente*

fieles a cierto estilo católico propio del pasado". El párrafo es lo suficientemente claro como para no necesitar explicitaciones, pero dentro de esta forma de mundanidad o muy próximas a ella se encuentran una serie de actitudes que **objetivamente** (el interior solo Dios lo conoce) tienen un "tutillito" similar.

- Pensemos, en primer lugar, en la búsqueda obsesiva de seguridad, y en el tratar de encontrar esa seguridad en elementos no fundamentales como "*el cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia*", la vestimenta, la imagen, etc. En muchos casos son indicio de una notable inseguridad personal.
- A veces la mundanidad se hace visible en la obsesión por elementos organizativos: "*estadísticas, planificaciones y evaluaciones*" o "*por diversas formas de mostrarse a sí mismos en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones... donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización*" o la persona del dirigente, podríamos añadir. (Tampoco en la Iglesia son recomendables los párrocos "estrella", los obispos "estrella", las monjas "estrella"...).
- No olvidemos así mismo la excesiva preocupación por controlarlo todo, por dominarlo todo, por ser imprescindibles en todas partes, por imponer más o menos discretamente los criterios o las sensibilidades eclesiales personales... actitudes que forman parte de otra englobante difícil de superar: el **clericalismo**. Los presbíteros somos servidores y no dueños de la comunidad ni de los medios para acompañarla, y se cae en un abuso objetivo de autoridad cuando, seguramente con la mejor intención, se alteran "ad libitum" ritos o expresiones litúrgicas de honda tradición eclesial, o se hacen interpretaciones dogmáticas o morales con criterios subjetivos.

6. "¿No nos dejemos robar el evangelio!"

"Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire fresco del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios" (EG 97). Ese aire puro del Espíritu libera a los apóstoles de Jesús de una peligrosa asechanza: el **miedo**, que "guarda la viña", como dice el refrán, pero que impide estar en otras tareas. El miedo encierra, encoge, limita, lleva a centrarse en sí mismos. Lo que vence al mundo no es el miedo sino la fe (1Jn 5, 4). Jesús recrimina a sus discípulos porque han temido (Mt 8, 26). El miedo está también en la búsqueda a ultranza de seguridad, que no debe ser la aspiración de los cristianos. El Señor no ofrece a los suyos seguridad, sino confianza, fortaleza, valentía. Siguiendo con los refranes: "el que no se arriesga no pasa la mar". ¿Hubiera sido posible la extensión de la Buena Noticia si los apóstoles hubieran permanecido encerrados por el miedo? El Espíritu les dio ánimo, audacia, parresía. También los apóstoles de hoy necesitamos esa misma valentía. Estar cristianamente en el mundo tiene sus riesgos, qué duda cabe, pero la valentía se halla entre la cobardía y la temeridad que es una forma de insensatez.

El Evangelio, la Buena Noticia que es el Hijo de Dios "*anima y vivifica la existencia de cada día, enriqueciéndola con dones y exigencias, con virtudes y fuerzas que se compendian en la caridad pastoral. (...) Para todos los cristianos sin excepciones el radicalismo evangélico es una exigencia fundamental e irrenunciable que brota de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo*" (PDV 27). Radicados en el Evangelio y "*en la comunión jerárquica de todo el cuerpo*" (PO 15) será posible realizar nuestra misión amando a este mundo y superando la "mundanidad".

Para la reflexión y el diálogo

- Halla gestos a través de los que actualmente a tu juicio la Iglesia tiene una presencia significativa en la sociedad como Buena Noticia.
- ¿Te parecen reales las tentaciones de “mundanidad” apuntadas en el tema? Señala cuáles crees que no lo son, añade si piensas que existe otras y destaca las que juzgas más importantes por la importancia o por la frecuencia.
- ¿Opinas que los curas podemos estar cayendo en un funcionalismo? ¿Qué podríamos hacer para evitarlo?

ABRIL AMOR FRATERO

HORA INTERMEDIA

Vl. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era.

Himno: Alegre la mañana

Himno: Alegre la mañana (Pascua)

ALEGRE LA MAÑANA
QUE NOS HABLA DE TI.
ALEGRE LA MAÑANA. (bis)

1.- En nombre de Dios Padre,
del Hijo y del Espíritu,
salimos de la noche
y estrenamos la aurora;
saludamos el gozo
de la luz que nos llega
resucitada y resucitadora.

2.- Bendita la mañana
que trae la gran noticia
de tu presencia joven
en gloria y poderío;
la serena certeza
con que el día proclama
que el sepulcro de Cristo está vacío.

Salmodia

Ant. Pascua Aleluya, aleluya, aleluya

Salmo 14

Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

El que procede honradamente
y práctica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,

el que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor,

el que no retracta lo que juró
aún en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.

El que así obra nunca fallará.

Salmo 15

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: “Tú eres mi bien”.
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;

no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Salmo 111

Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.
Su linaje será poderoso en la tierra,
la descendencia del justo será bendita.

En su casa habrá riquezas y abundancia,
su caridad es constante, sin falta.
En las tinieblas brilla como una luz
el que es justo, clemente y compasivo.

Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos.
El justo jamás vacilará,
su recuerdo será perpetuo.

No temerá las malas noticias,
su corazón está firme en el Señor.
Su corazón está seguro, sin temor,
hasta que vea derrotados a sus enemigos.

Reparte limosna a los pobres;
su caridad es constante, sin falta,
y alzaré la frente con dignidad.

El malvado, al verlo, se irritará,
rechinará los dientes hasta consumirse.
La ambición del malvado fracasará.

Ant. Pascua Aleluya, aleluya, aleluya

Lectura breve (Jn 13, 34-35)

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros.

Texto de la *Evangelii Gaudium*

No a la guerra entre nosotros

98. Dentro del Pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! En el barrio, en el puesto de trabajo, ¡cuántas guerras por envidias y celos, también entre cristianos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda

de poder, prestigio, placer o seguridad económica. Además, algunos dejan de vivir una pertenencia cordial a la Iglesia por alimentar un espíritu de «internas». Más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial.

99. El mundo está lacerado por las guerras y la violencia, o herido por un difuso individualismo que divide a los seres humanos y los enfrenta unos contra otros en pos del propio bienestar. En diversos países resurgen enfrentamientos y viejas divisiones que se creían en parte superadas. A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros» (Jn 13,35). Es lo que con tantos deseos pedía Jesús al Padre: «Que sean uno en nosotros [...] para que el mundo crea» (Jn 17,21). ¡Atención a la tentación de la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos.

101. Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! A cada uno de nosotros se dirige la exhortación paulina: «No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien» (Rm 12,21). Y también: «¡No nos cansemos de hacer el bien!» (Ga 6,9). Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo estamos enojados con alguno. Al menos digamos al Señor: «Señor, yo estoy enojado con éste, con aquella. Yo te pido por él y por ella». Rezar por aquel con el que estamos irritados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy! ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!

Oración

Me has llamado, Señor,
a predicar en el desierto
de una sociedad que hoy lo tiene todo
y no te necesita...

Mi voz de profeta cae en el ruido
de los que viven satisfechos
y creen que Dios es cosa del pasado.
No sé qué hacer, Señor.
No sé cómo predicarte,
ni cómo hablar de ti.

Tu palabra me quema por dentro.
Muchas me tengo que callar
y esperar;
muchas veces con el salmista digo:
¡Que se acaban los buenos!

Pero yo sé que nos has hecho para ti,
aunque no tengamos necesidad de ti.
Yo sé que algo fundamental nos falta
cuando nos faltas tú.

Inspírame, Señor, los gestos y palabras
que llegan al corazón de los satisfechos.
Abre mis ojos a la realidad de la vida
para que encuentre ese lugar de enganche
donde la vida se hace pregunta
y la pregunta hace posible una palabra divina.

Y, sobre todo, dame, Señor,
paciencia,
confianza,

y ojos de resurrección
para ver más allá de las apariencias
y del momento presente.

Amén.

Padre nuestro

Oración conclusiva

Tú, Señor, que nos has salvado por el misterio pascual,
continúa favoreciendo con dones celestes a tu pueblo, para que
alcance la libertad verdadera y pueda gozar de la alegría del
cielo, que ya ha empezado a gustar en la tierra. Por Jesucristo,
nuestro Señor.

Canto a la Virgen:

Regina coeli

Regina coeli, laetare, alleluia.
Quia quem meruisti portare, alleluia.
Resurrexit, sicut dixit, alleluia.
Ora pro nobis Deum, alleluia.

D. Jesús Campos Santiago

*“El infierno está todo ello
en una palabra: soledad”
(V. HUGO)*

Estos números de la Exhortación vienen marcados por un epígrafe nada poético –como tampoco los son los anteriores– “No a la guerra entre nosotros”. Destaca la realidad de división y enfrentamientos –celos y rivalidades– vividos en el seno de la comunidad cristiana, surgidos como consecuencia de una pérdida de vigor creyente y fruto de una vivencia mundana y mediocre del evangelio. Frente a esta inercia de contagio social, el Papa Francisco propone y anima a un testimonio de auténtica comunión fraterna que en sí misma sea motivo de credibilidad. Un testimonio que exige valorarnos, respetarnos, querernos y perdonarnos. Y todo ello de forma concreta y efectiva. Este ideal convertido en esfuerzo diario es un logro en el camino del amor y un gesto siempre elocuente para la evangelización. Esta idea la articula mediante un particular itinerario argumental: la pertenencia, la diversidad, el perdón y el don del amor.

Pertenecer a la Iglesia toda

Las homilías de las Eucaristías celebradas por el papa Francisco a diario en su residencia de Santa Marta, en Roma, se han convertido en un lugar de referencia acerca de su pensamiento en sus mismas y cotidianas palabras. El 30 de Enero de 2014 hablaba sobre la pertenencia a la Iglesia y de los tres pilares que nos vinculan a ella: La humildad, la fidelidad y la

oración. **Humildad** que nace del convencimiento de que la historia comienza antes que nosotros y prosigue tras nosotros. Somos una parte de un gran pueblo que va por el camino del Señor. Ser humildes nos hace sentir “con” la Iglesia. No serlo nos hace sentir sólo lo que nos gusta. La **fidelidad** que nos hace servir un evangelio, entregarlo, porque no es nuestro, es de Jesús, no somos sus dueños ni señores de una doctrina que podamos utilizar a nuestro antojo. Lo recibimos como un don y hemos de transmitirlo como tal. Y la **oración** que hecha por la Iglesia es orar por todos, también por nosotros.

Estas ideas las ha desarrollado de nuevo en la audiencia general del pasado 25 de Junio de 2014. Entonces decía: Hoy queremos detenernos en la importancia, para el cristiano, de pertenecer a este pueblo. Hablaremos sobre la pertenencia a la Iglesia.

1. No estamos aislados y no somos cristianos a título individual, cada uno por su cuenta: ¡nuestra identidad cristiana es pertenencia! Somos cristianos porque pertenecemos a la Iglesia. Es como un apellido: si el nombre es “soy cristiano”, el apellido es “pertenezco a la Iglesia”. Es muy bello destacar cómo esta pertenencia se expresa también en el nombre que Dios se atribuye a sí mismo. Respondiendo a Moisés, en el estupendo pasaje de la “zarza ardiente” (cfr Ex 3,15), se define de hecho como el Dios de los padres. No dice “soy el Omnipotente”, no. Dice soy el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. De este modo Él se manifiesta como el Dios que ha forjado una alianza con los padres, permanece siempre fiel a su pacto y nos llama a entrar en esta relación que nos precede. Esta relación de Dios con el pueblo nos precede a todos nosotros.

2. En este sentido el pensamiento en primer lugar, es de gratitud, a todos los que nos han precedido y nos han acogido en la Iglesia. Nadie se vuelve cristiano por sí mismo. Nadie se hace cristiano por sí mismo. No se generan cristianos en laboratorio, el cristiano forma parte de un Pueblo que viene de

lejos. El cristiano por el bautismo pertenece a un Pueblo que se llama Iglesia. Si nosotros creemos, si sabemos rezar, si conocemos al Señor y podemos escuchar su Palabra, si lo sentimos cercano y lo reconocemos en nuestros hermanos es porque otros, antes que nosotros, han vivido la fe y nos la han transmitido, nos la han enseñado. Si lo pensamos bien, cuántas personas queridas pasan ante nuestros ojos, en estos momentos (...). Esta es nuestra Iglesia: es una gran familia, en la que se nos acoge y se nos enseña a vivir como creyentes y como discípulos del Señor Jesús.

3. Este camino lo podemos vivir no solo gracias a otras personas, sino junto a otras personas. En la Iglesia no existe el “hazlo tú mismo”, no existen los “independientes”. ¡Cuántas veces el Papa Benedicto ha descrito la Iglesia como un “nosotros” eclesial! (...) Es verdad que a veces caminar juntos cuesta, a veces es cansado: puede pasar que algún hermano o hermana nos cree un problema o nos escandalice... Pero el Señor ha confiado su mensaje de salvación a personas humanas, a todos nosotros, a todos los hermanos y hermanas con sus dones y sus límites, y viene hacia nosotros y se da a conocer a través de estas limitaciones. Esto significa pertenecer a la Iglesia. ¡Acordaos bien!

Queridos amigos, pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia, la gracia de no caer nunca en la tentación de pensar que podemos hacer más o menos que los demás, de poder hacer poco en la Iglesia, de poder salvarnos solos. De ser cristianos de laboratorio. Al contrario, no se puede amar a Dios sin amar a los hermanos: no se puede estar en comunión con Dios sin estarlo con la Iglesia y no podemos ser buenos cristianos si no estamos junto a todos los que tratan de seguir al Señor Jesús, como un único pueblo, un único cuerpo y esto es la Iglesia.

En este mismo contexto matutino y diario de celebración, el 17 de Julio apuntaba una vez más sobre lo mismo: “no se

puede comprender a un cristiano sin la Iglesia, porque la identidad cristiana es “la pertenencia a un pueblo”, al igual que no se puede entender la figura de Jesucristo “caminando solo”. Por ello, los cristianos no pueden actuar como “mónadas”, fuera del pueblo de Dios. “No se puede comprender un cristiano sin historia, un cristiano sin pueblo, un cristiano sin Iglesia. Si esto se diera sería un producto de laboratorio, una cosa artificial, una cosa que no puede dar vida”. Hay que mirar hacia el futuro como “hombres de esperanza”. “Mirando sólo hacia atrás, el cristiano es una persona atrapado en la memoria. Mirando hacia adelante, el cristiano es un hombre y una mujer de esperanza. Y en el presente, el cristiano sigue el camino de Dios dado en el pasado y renueva la Alianza con Dios, siempre hacia adelante”.

La idea de la pertenencia agradecida y comprometida, conduce a identificarse cordialmente con la Iglesia toda, no sólo con la parcela eclesial a la que uno pertenece por voluntad y en la que nos sentimos seguros, valorados y a gusto. Pertenecer a la comunidad de Jesús nos lleva a identificarnos totalmente con la Iglesia toda entera, más allá de estilos, personas y siglas afectas.

Testimonio atractivo y resplandeciente de comunión

La comunión en la vida de la Iglesia en su ser y en su misión es en sí misma, elocuente prueba de vida evangélica. La comunión como unidad consumada, sabemos, es fiel reflejo del misterio mismo de la Trinidad, y está por encima de todo. (Col 3, 12-17). No estamos ante un opcional o un accesorio en la vida cristiana. La vivencia y la construcción de la comunión son un don y una exigencia nacida del deseo mismo de Cristo para todos nosotros. (Jn 17,21). La comunión es en sí misma evangelio, buena noticia, que se presenta ante el mundo como concreción del deseo de Dios. Frente a las posibles propuestas de vida-fragmentadas, individualistas, protagonistas, exclusivas

y excluyentes-, la Iglesia se presenta humildemente ante la sociedad como profecía que se construye como comunidad, esto es, basada en el amor que cohesiona la diversidad y donde el mero respeto al otro, -estilo, persona-, ha sido superado por la asunción de la diferencia como algo propio, que perfecciona la forma de ser de uno y abre a nuevas posibilidades, librándonos de la tentación de creer que sólo se puede ser y sólo se puede hacer conforme el modelo que encarnamos y realizamos cada uno. Deberíamos de huir de los modelos autorrealización que nos caricaturiza Saint Exúpery en el Principito, inútiles todos, y que a menudo se dan y generamos en la misma Iglesia. Dejar de pensar, como el geólogo, que lo único interesante es “la montaña que nunca cambia...”.

Lo propio de la Iglesia es una propuesta de vida en, por y para la comunión. La comunión quizá sea el fruto más relevante redescubierto por el Vaticano II. Comunión significa participación, responsabilidad y sobre todo misión. Recordemos esto con las palabras de Pablo VI en la Evangelii nuntiandi (EN21): *“La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Que es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no*

cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en una sociedad cristiana pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general al primero absolutamente en la evangelización”⁷.

3. Fraternalidad y reconciliación

Este testimonio elocuente de vida no se puede realizar al margen de la concreción de la fraternidad. Nada mejor ahora en nuestra reflexión que repensar las palabras de D. Bonhoeffer⁸: *“Desear algo más que lo que Cristo ha fundado entre nosotros no es desear la fraternidad cristiana, sino ir en busca de quién sabe qué experiencias extraordinarias que uno piensa que va a encontrar en la comunidad cristiana y que no ha encontrado en otra parte, introduciendo así en la comunidad el turbador fermento de los propios deseos. Es precisamente en este aspecto donde la fraternidad cristiana se ve amenazada -casi siempre y ya desde sus comienzos- por el más grave de los peligros: la intoxicación interna provocada por la confusión entre fraternidad cristiana y un sueño de comunidad. Por eso es im-*

⁷ Tertuliano, Apologeticum, 39: CCL, I, pp. 150-153; Minucio Felix, Octavius 9 y 31: CSLP, Augustae Taurinorum 1963, pp. 11-13, 47-48.

⁸ D. Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, Sígueme, Salamanca 2003. “Si podemos ser hermanos es únicamente por Jesucristo y en Jesucristo. Esto significa, en primer lugar, que Jesucristo es el que fundamenta la necesidad que los creyentes tienen unos de otros; en segundo lugar, que solo Jesucristo hace posible su comunión y, finalmente, que Jesucristo nos ha elegido desde toda la eternidad para que nos acojamos durante nuestra vida y nos mantengamos unidos siempre”. p. 13.

portante adquirir conciencia desde el principio de que, en primer lugar, la fraternidad cristiana no es un ideal humano, sino una realidad dada por Dios; y en segundo lugar, que esta realidad es de orden espiritual y no de orden psíquico. Dios nos va llevando al conocimiento de la auténtica comunidad cristiana. En su gracia, no permite que vivamos ni siquiera unas semanas en la comunidad de nuestros sueños, en esa atmósfera de experiencias embriagadoras. Porque Dios no es un dios de emociones sentimentales, sino el Dios de la realidad. Por tanto, la verdadera comunidad cristiana nace cuando, dejándonos de ensueños, nos abrimos responsablemente a la realidad que nos ha sido dada”.

“Debemos dar gracias a Dios diariamente por la comunidad cristiana a la que pertenecemos. Aunque no tenga nada que ofrecemos, aunque sea pecadora y de fe vacilante. ¡Qué importa! Pero si no hacemos más que quejarnos ante Dios por ser todo tan miserable, tan mezquino, tan poco conforme con lo que habíamos esperado, estamos impidiendo que Dios haga crecer nuestra comunidad según la medida y riqueza que nos ha dado en Jesucristo. Esto concierne de un modo especial a esa actitud permanente de queja de ciertos pastores respecto a sus comunidades. Un pastor no debe quejarse jamás de su comunidad, ni siquiera ante Dios.

Con la comunidad cristiana ocurre lo mismo que con la santificación de nuestra vida personal. Es un don de Dios al que no tenemos derecho. Sólo Dios sabe cuál es la situación de cada uno. Lo que a nosotros nos parece insignificante puede ser muy importante a los ojos de Dios. Dios no nos ha dado la comunidad para que estemos constantemente midiendo su temperatura. Cuanto mayor sea nuestro agradecimiento por lo recibido en ella cada día, tanto mayor será su crecimiento para agrado de Dios”.

Y el mejor humus en el que prenda la semilla de la fraternidad es vivir abiertos a una actitud de reconciliación. Como pautas concretas para vivir en una dinámica reconciliadora-

mente reconfortante nos pueden servir las cuatro convicciones de las que habla D. Juan M^a Uriarte⁹.

Nunca o casi nunca tenemos toda la razón en nuestras dimensiones. Convivir de una manera reconciliadora es aceptar mental y vitalmente que mi perspectiva es siempre incompleta. Además, entre el todo y la nada hay siempre soluciones intermedias viables y posibles, menos violentas que la incomunicación, el desapego, el desafecto. Ser persona supone domesticar nuestro fondo impulsivo y pasional embridándolo a la luz de la sensatez y de la ética. Y recordar siempre que el denominador común de la convivencia es la común dignidad de todos.

La reconciliación supone un juego de acciones y tiempos: **repasar** el pasado para **reparar** el presente y así **preparar** el futuro. Somos un poco lo que fuimos pero tenemos la capacidad de cambiar en virtud de la vivencia sanante de nuestra espiritualidad sacerdotal¹⁰.

La vivencia de la fraternidad sacerdotal supone una actitud espiritual fundamentada en lo que el cardenal Martini sugería en las conversiones a las que se siente llamado un sacerdote¹¹. La fraternidad nos lleva al correcto estilo pastoral que no es la búsqueda de una originalidad propia, si no buscar la sintonía con el camino de la Iglesia particular, responsabilizándose activamente por traducir y hacer fermentar sus inquietudes en el tejido local. Además la fraternidad nos lleva a entender que el lugar ordinario de comunión es la parroquia, las personas a nosotros encomendadas. Los lugares

⁹ J. M^a Uriarte, *La reconciliación*, Sal Terrae, Santander 2013, 129-130.

¹⁰ Llegados a este punto sería muy bueno y oportuno que dedicáramos un tiempo a releer y reflexionar del mismo D. Juan M^a Uriarte, *Una espiritualidad sacerdotal para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander, 2010. Especialmente el capítulo II “*una espiritualidad para nuestro tiempo*” 59-86; y sobre todo el capítulo III “*la fraternidad sacramental de los presbíteros*” 87-108. Nos hará bien.

¹¹ Carlo M^a Martini, *Yo estoy en medio de vosotros, el sacerdote y su comunidad*, Verbo Divino, Estella 2011, 22-29.

fuera de la parroquia son útiles, enriquecedores, necesarios, pero el lugar ordinario del presbítero es la parroquia, la gente. La fraternidad nos abre a comprender que la actitud pastoral de Jesús como buen pastor es vivir en relación al Padre y al rebaño. Así los movimientos y siglas de las que habla el Papa Francisco no son alternativa a la Iglesia, sino espacios en los que encontrar luz y calor que nos permitan promover la fidelidad ministerial al obispo y estar atentos a las responsabilidades de la Iglesia diocesana, de modo que nuestra vida sea más fértil.

4. Entender la ley del amor

Concluye San Agustín al comentar 1 Juan 4,16: “*Imo vero vides Trinitatem, si charitatem vides*”¹². En esta afirmación se condensa magníficamente la entidad unificadora de la propuesta cristiana, la unión entre la fe y la vida, la contemplación y la acción. Si Dios es amor, si lo podemos contemplar no es sino porque precisamente vivimos y participamos de ese mismo amor. El amor unifica, nunca uniformiza. El amor es el vínculo de la unidad, de la comunión, y ésta se fundamenta en la diversidad. El amor se convierte en criterio que garantiza la fe (Jn 17,21) y en el distintivo de los discípulos del Señor (Jn 13,35). H. Urs von Balthasar escribió un libro tan pequeño como denso, dedicado a cómo sólo el amor es digno de fe. En él condensa su pensamiento diciendo que “*creer es sólo amar*”¹³. En la historia de la Iglesia, los santos siempre han hecho alarde de su poca fe. Pero han creído, porque han amado.

Es el amor quien acerca a Dios, quien acerca a la fe. Y decimos “quien”, por varias razones. Una de ellas es que el amor es una actitud, una realidad dinámica del Espíritu (persona)

que mueve misteriosamente al conocimiento de Dios (1 Jn 4,7-8). Pero ¿qué –quién– es primero: el amor o la fe? Quizá el relato de Lucas de Jesús en casa de Simón y el encuentro con la pecadora nos ayude a esclarecer esta cuestión (Lc 7, 36-50). De la apariencia a la realidad. ¿Qué es lo que hace que Jesús le recuerde a aquella mujer que tiene fe y que ésta le ha otorgado la salvación? El amor manifestado en tantos gestos. Un amor que rompiendo valientemente formalismos se pone a servir, limpiar, besar, ungió, perfumar. Todos estos renovados gestos son “testimonio de amor”¹⁴, pruebas evidentes y valientes de su fe. Creer es tan elocuente y comprometido como amar.

Creer es recibir a Cristo, dejarse salvar por Él e implica una verdadera y patente conversión. Creer es algo más que decir que uno tiene fe. La fe no es un mero asentimiento intelectual desprovisto de una dimensión vital y efectiva de entrega. La fe nos lleva a una lógica diferente, la lógica del encuentro. Creer es algo más que un acto intelectual, es una actitud de vida que implica una tensión en todo el ser de la persona. Creer es una postura, una actitud. San Juan en su evangelio no habla en ningún caso de fe –como sustantivo–, sino que lo hace en cerca de cien ocasiones con el verbo creer, como si se tratase de una experiencia siempre abierta y siempre nueva, lo mismo que sucede con el amor. Una experiencia que compromete totalmente y que nos remite a Dios mismo, por eso decimos que es un don, que no la acabamos de entender, que nos excede¹⁵. Una afirmación que nos lleva a reconocer igualmente en el amor, en la fe, en Cristo –amor del Padre– a la verdad, (Jn 14,6) porque Él es el testigo fiel, la epifanía del

¹⁴ lit. “αἱ ἀμαρτίαι αὐτῆς αἱ πολλαί, ὅτι ἠγάπησεν πολὺ”.

¹⁵ En hebreo participan de la misma raíz los verbos creer y esperar, raíz que sostiene la expresión אמן “amén”, fórmula en la que se condensa, de modo máximo, la fe como aceptación consciente de un misterio.

¹² S. Agustín, *De Trinitate*, Lib. VIII, cap. 8.12.

¹³ H. Urs von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Salamanca 1971. 93-94.

amor de Dios. Aquí radica el hecho de que la fe cristiana no sea una mera aceptación de verdades, sino que se trata de una fe personal y un proyecto comunitario. Aceptación de Cristo como Hijo de Dios, en quien hemos conocido el amor y hacerlo posible, traducirlo en gestos y actitudes.

Ya tenemos la urdimbre del amor, de la fe y ambos verdaderos. Ya sabemos que no son ni pura emoción, ni mero pensamiento, sino realidad eficazmente dada y que transforma, alumbra a un siempre novedoso modo de ser. El prójimo, el hermano, es el lugar propio de la fe, del amor, de la verdad, de Dios en definitiva. (1 Jn 4,20). Por eso este capítulo II de la *Evangelii gaudium*, cuando nos habla de “crisis” nos habla de un modo concreto de ser, en clave de síes (espiritualidad misionera, relaciones nuevas que genera Jesucristo, desafíos eclesiales) y en clave de noes (acedia egoísta, pesimismo estéril, mundanidad espiritual, guerra entre nosotros). Un nuevo modo de ser basado en el amor de Cristo, el amor fraterno, el amor cercano y sincero. Un amor que, volviendo al texto de Lucas, deviene sanante, sacramentalmente rehabilitador, un amor que perdona. El preámbulo del amor siempre es la conversión¹⁶, que en definitiva es la actitud más visible de la fe, algo así como la gramática del creyente (Mc 1,4).

La conversión nos lleva, con lenguaje de San Pablo, del hombre viejo al hombre nuevo (Ef 4,20-24; Col 3,9-10). El mismo Cristo insistió a los suyos en “convertirse” a no pensar como los hombres, sino como Dios, evitando así espejismos de éxito y relumbrón y centrando su ministerio en el servicio y la mansedumbre. Acercarnos al bautismo exige haber aceptado como condición previa y permanente la conversión. Abandonar los ídolos y acercarnos al Dios vivo y verdadero (1 Tes 1,9).

¹⁶ LXX traduce el hebreo בּוּשׁ, que aparece en 1059 ocasiones, bien como π, –con marcado carácter de cambio de conducta externa– bien como μετανοῖεν –cambio interior suscitado por el sentimiento de arrepentimiento y deseo de reorientación.

El itinerario de la conversión es trinitario. Parte de ser una llamada de Dios Padre (Rm 8,28-30), para ser transformados por Cristo (2 Co 3,18) y así llevar una vida conforme el Espíritu (2 Co 4,16).

Hemos hablado de preámbulo y de gramática. El preámbulo de la conversión es el bautismo porque en él se da el don de la conversión que se configura desde ese momento en tarea para toda la vida, en gramática a conjugar, a modo de un que-hacer permanente y vital que constituye la estructura básica de la existencia cristiana. De ahí que la conversión tiene una dimensión escatológica, porque si ya se ha obtenido en el bautismo un dictamen favorable de salvación frente al mal, éste se desarrolla en tensión hasta su plenitud, eso que el mismo Pablo caracterizaba como destierro. (2 Co 5,1-10) Aquí radica la urgencia de entender que cada día y cada instante es “tiempo favorable” para la salvación. Este día a día de la conversión realiza su dimensión sacramental, –eucaristía, reconciliación– su concreción en cada uno de los momentos y acontecimientos de la vida, vivida en cristiano. Y esta vivencia nos lleva a la dimensión eclesial. La misión esencial de la Iglesia es llevar a plenitud la acción salvadora de Dios a través de la Palabra y los sacramentos. Es la misma Iglesia, toda ella la que celebra y actualiza en el hoy de la historia el misterio pascual de Cristo. La Iglesia en esta práctica se edifica como cuerpo de Cristo, se convierte en templo en el que actúan conjuntamente la diversidad de carismas. Así cada cristiano en su lucha diaria participa personalmente en esta conversión que el propio Congar comprendía teológicamente como “nacida de la fe, que es principio fontal. Nacida del bautismo como participación en el misterio pascual, esto es: una nueva vida. Nacida de la existencia cristiana, como tarea que modela la dinámica vital”¹⁷.

¹⁷ Y. Congar, “La conversión: estudio teológico y psicológico”, en Pierre-André Liégé, *Evangelización y Catequesis*, Marova, Madrid 1971, p. 72.

La Iglesia, hoy como nunca, debe de hacer de la conversión una forma de ser, un estilo de vida, o ¿es que no debemos volver nosotros y hacer volver a tantos a la amistad con Dios, a la vida compartida del pueblo de Dios? ¿Y qué es esto si no convertir y convertirse? Deberíamos tomarnos más en serio este tiempo en el que vivimos, a modo de una “gran mistagogía”, en la cual la fe ilumina el corazón y la inteligencia de los hombres. En la transmisión de la fe sigue teniendo gran fundamento el contacto, contagio, de formas concretas de vida. No claudiquemos con diagnósticos derrotistas de corto y plano horizonte. El corazón y la mente de esta humanidad pueden aún ser conquistados e iluminados. María de Magdala, Saulo de Tarso o Agustín de Hipona en los primeros tiempos. Francisco de Asís, Teresa de Ávila y Juan M^a Vianney después y ahora más recientemente Carlos de Foucauld, Madeleine Delbrêl, Madre Teresa, Rafael Arnáiz y tantos otros, nos recuerdan que el mundo –la Iglesia– logra cambiarse cuando cambiamos cada uno de nosotros. Convertirnos es querer cambiar, dejarnos transformar enteramente para que nuestro ministerio y trabajos, nuestras liturgias y catequesis, nuestras palabras –homilias– y silencios –oración–, sean cada vez más comprendidas en clave de transformación y renovación interior (Rom 12,1-2).

Dios quiera que seamos capaces de identificar y afrontar las tentaciones a las que somos sometidos como discípulos. Ojalá busquemos superar y abrir nuevos caminos y propuestas de acción evangelizadora. Que todo esto nos lleve a repensar nuestras responsabilidades eclesiales, que las revisemos a la luz del Señor y así revitalicemos nuestra participación en la transmisión del Evangelio y que ello sea fuente de vida para el desempeño de nuestro ministerio aquí y ahora.

Pistas para diálogo y la reflexión:

Pertenecer a la Iglesia toda

- La diversidad en la Iglesia está como un don que enriquece su ser y hacer. Desde tu historia y experiencia pastorales ¿Cómo ves esta realidad?
- En el momento en el que estamos ahora ¿Cómo hemos de conjugar memoria y esperanza?

Testimonio atractivo y resplandeciente de comunión

A partir de tu recorrido ministerial, ¿cómo te sonaba el texto de la EN y cómo te suena su relectura actual después de 40 años a la luz de la EG?

¿Crees que la Iglesia, a pesar de todo, es hoy instrumento de unidad y de amor?

Fraternidad y reconciliación

- ¿Qué te parece el realismo teológico que propone Bonhoeffer? Identifica acciones que fomenten y creen fraternidad en la vida de la diócesis.
- ¿En qué hemos de dejarnos reconciliar, auténtica y evangélicamente?

Entender la ley del amor

- ¿Cómo crees que podríamos revalorizar la vida sacramental en este tiempo, comprendido a modo de gran mistagogía?
- ¿Cómo entenderías tú la gramática de la conversión?

MAYO
JORNADA SACERDOTAL

HORA INTERMEDIA

VI. Dios mío, ven en mi auxilio. Gloria al Padre. Como era.
Aleluya.

Himno: Iglesia peregrina

EL SEÑOR OS DARA SU ESPÍRITU SANTO, YA
NO TEMÁIS, ABRID EL CORAZON,
DERRAMARA TODO SU AMOR

- 1.- El transformará hoy vuestra vida,
os dará la fuerza para amar. No perdáis vuestra esperanza, Él os salvará.
- 2.- El transformara todas las penas,
Como a hijos os acogerá, abrid vuestros corazones, a la libertad.
- 3.- Os inundará de un nuevo gozo, con el don de la fraternidad.
Abrid vuestros corazones, a la libertad.

Salmodia

Ant. Pascua Aleluya, aleluya, aleluya

Salmo 62, 2-9

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Salmo 15

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: “Tú eres mi bien”.
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplan las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Salmo 149

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca
y espadas de dos filos en las manos:

para tomar venganza de los pueblos
y aplicar el castigo a las naciones,
sujetando a los reyes con argollas,
a los nobles con esposas de hierro.

Ejecutar la sentencia dictada
es un honor para todos sus fieles.

Ant. Pascua Aleluya, aleluya, aleluya

Lectura breve (Jn 17, 6-11)

Padre, he manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo.

Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros.

Texto de la *Evangelii Gaudium*

41. Los enormes y veloces cambios culturales requieren que prestemos una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad. Pues en el depósito de la doctrina cristiana «una cosa es la substancia [...] y otra la manera de formular su expresión». A veces, escuchando un lenguaje completamente ortodoxo, lo que los fieles reciben, debido al len-

guaje que ellos utilizan y comprenden, es algo que no responde al verdadero Evangelio de Jesucristo. Con la santa intención de comunicarles la verdad sobre Dios y sobre el ser humano, en algunas ocasiones les damos un falso dios o un ideal humano que no es verdaderamente cristiano. De ese modo, somos fieles a una formulación, pero no entregamos la substancia. Ése es el riesgo más grave. Recordemos que «la expresión de la verdad puede ser multiforme, y la renovación de las formas de expresión se hace necesaria para transmitir al hombre de hoy el mensaje evangélico en su inmutable significado».

43. En su constante discernimiento, la Iglesia también puede llegar a reconocer costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia, que hoy ya no son interpretadas de la misma manera y cuyo mensaje no suele ser percibido adecuadamente. Pueden ser bellas, pero ahora no prestan el mismo servicio en orden a la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlas. Del mismo modo, hay normas o preceptos eclesiales que pueden haber sido muy eficaces en otras épocas pero que ya no tienen la misma fuerza educativa como cauces de vida. Santo Tomás de Aquino destacaba que los preceptos dados por Cristo y los Apóstoles al Pueblo de Dios «son poquísimos». Citando a san Agustín, advertía que los preceptos añadidos por la Iglesia posteriormente deben exigirse con moderación «para no hacer pesada la vida a los fieles» y convertir nuestra religión en una esclavitud, cuando «la misericordia de Dios quiso que fuera libre». Esta advertencia, hecha varios siglos atrás, tiene una tremenda actualidad. Debería ser uno de los criterios a considerar a la hora de pensar una reforma de la Iglesia y de su predicación que permita realmente llegar a todos.

Oración

Me has llamado, Señor,
en esta etapa de la historia,
a continuar la tarea
de anunciar el Reino
que comenzó tu Hijo Jesús.

Con los profetas quiero gritar:
*Mira, Señor, que no soy más que un niño
que no sabe hablar.*

Con María, quiero rezar:
Aquí estoy. Hágase según tu palabra.

Tú, Señor, conoces toda mi vida,
mis dudas y mi fragilidad,
mis pasos vacilantes
y mi confianza en ti.
No puedo presumir de nada.
Sólo quiero que mi vida
esté a disposición del Evangelio
para que tu nombre sea conocido
y ensalzado por todos.

Señor, pon calor en mis palabras,
coherencia en toda mi vida
para que mis gestos y palabras:
interroguen al que busca,
calienten el corazón de los fríos,
animen los pasos de los que vacilan,
aviven la vida de la Comunidad.

Que la fuerza del Espíritu
me acompañe siempre
y me inspire lo que es justo y oportuno

para hacer resonar tu mensaje
a quienes confías a mis cuidados.

Mantenme en actitud de escucha
y de diálogo contigo
para que tú seas la fuente primera
de mi sabiduría de fe.

Amén

Padre nuestro

Oración conclusiva

Padre, lleno de amor, concede a tu Iglesia, congregada por el Espíritu Santo, dedicarse plenamente a tu servicio y vivir unida en el amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Canto a la Virgen: Salve Madre

Salve, Madre; en la tierra de mis amores,
te saludan los cantos que alza el amor.
Reina de nuestras almas, flor de las flores,
muestra aquí de tu gloria los resplandores,
que en el cielo tan sólo te aman mejor.

Virgen santa, Virgen pura,
vida, esperanza y dulzura
del alma que en ti confía;
Madre de Dios, Madre mía,
mientras mi vida alentaré
todo mi amor para ti;
mas si mi amor te olvidare,
Madre mía, Madre mía,
mas mi amor te olvidare,
tú no te olvides de mí.

JORNADA DE ARCIPRESTAZGO PARA TRATAR TEMAS
PASTORALES A DETERMINAR POR CADA ARCIPRES-
TAZGO